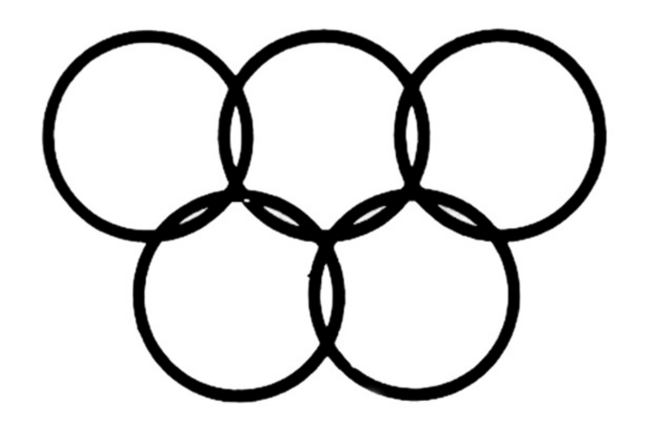


GLORIA O MUERTE

Lou Carrigan



COLECCION
DOBLE JUEGO

ECSA

LOU CARRIGAN

LA GLORIA O LA MUERTE

Colección
DOBLE JUEGO n.º 2
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-7518-048-5
Depósito legal: B. 10.926-1982

Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: marzo, 1982

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPÍTULO PRIMERO

Desde su localidad de prensa en primera fila de pista, Frank Minello observaba críticamente, en silencio, el combate que se estaba desarrollando en el cuadrilátero.

Posiblemente era el único espectador que guardaba silencio, o cuando menos uno de los poquísimos que mantenía esta actitud. El resto de los asistentes a la velada rugían entusiasmados ante la ferocidad del combate a seis asaltos, de los cuales habían transcurrido ya dos, y estaba corriendo el tercero.

—¡Dale!

—¡Dale fuerte! ¡Al hígado, al hígado!

—¡Cruza ahora, cruza...!

—¡Aplástalo! ¡Acaba con él...!

Todavía no había oído la palabra «¡Mátalo!», lo que no dejaba de ser un consuelo entre tanta ferocidad. De cuando en cuando, Frank giraba y volvía un poco la cabeza, para mirar a la muchacha que ocupaba una de las sillas de la tercera fila, hacia su izquierda. Era preciosa. Y parecía tan asustada por la suerte de uno de los boxeadores que Frank se sentía conmovido.

Naturalmente, Frank había comprendido, con toda lógica, que si la muchacha estaba sufriendo era por la suerte del muchacho que, aparentemente, estaba llevan de la peor parte.

Solo aparentemente. Porque Frank Minello, director de la Sección Deportiva del Morning News de Nueva York, y sobre todo exboxeador, sabía que el público, en un noventa y nueve por ciento, se estaba equivocando. Por su parte, habría pagado dinero no por ver el combate, sino por asistir en silencio total a aquella pelea y poder oír el deslizarse de las zapatillas del supuesto perdedor sobre la lona.

Esto sí le habría gustado de veras. El muchacho se movía sin despegar los pies de la lona, suavemente, en giros veloces. Era como presenciar un ballet. El otro, unos centímetros más bajo, pero más fornido y cargado de músculos, lo acosaba incansablemente,

disparando auténticos cañonazos.

Aunque lo de incansablemente es un decir, y, en cuanto a los cañonazos, la mayor parte de ellos se perdían en el vacío merced a las fintas del supuesto perdedor, o en sus brazos finamente musculados. Es un decir, porque lo cierto era que el más fornido comenzaba a dar unas ligeras señales de fatiga que el público aún no captaba, pero sí Frank, y, mirando de reojo, se dio cuenta de que también sus colegas de prensa deportiva estaban ya vislumbrando la realidad de aquel combate.

—¡Al mentón, al mentón...!

—¡Que te está ofreciendo la cara, paquete!

Frank movió la cabeza, y de nuevo miró a la preciosa muchacha de los ojos muy abiertos. Cuando volvió a mirar hacia el ring, comprendió: la chica bombón era hermana del jovencito que parecía llevar la peor parte. Claro. El tal jovencito había sido presentado como Dany *Pretty* Dempsy. Y efectivamente, aunque en hombre, en viril, era tan guapo como la muchacha asustada.[1]

El otro boxeador, el más fornido, era Joe Norton, al que Frank ya había visto boxear otras veces. Era un muchacho pura roca, un pegador, cargado de músculos... Demasiados músculos, demasiado peso en ellos, demasiada masa muscular... que era susceptible de agarrotarse rápidamente.

—¡Norton, acábalo ya!

—¡Dale en su linda carita!

—¡Mañana ya no será tan guapo!

Frank miró ahora hacia el rincón del muchacho que era presentado hoy, el guapo Dany Dempsy. Allá estaba Lamont Orwells, el veterano entrenador y manager propietario del Circle Gym. No parecía que Lamont estuviese en absoluto preocupado por la suerte de su pupilo Dany Dempsy, cuya fina musculatura, conseguida milímetro a milímetro en el tiempo debido, sin sobrecargas, brincaba bajo la piel con elasticidad, sin esfuerzo, sin brusquedades.

Era el *ballet* del oso y el domador.

Terminó el tercer asalto, y los contendientes se retiraron a sus respectivos rincones. Joe Norton se sentó soltando un resoplido en cuanto le quitaron el protector bucal. Dany *Pretty* Dempsy, simplemente, se sentó. Como si se dispusiera a tomar el desayuno

tras una noche de magnífico sueño. Mientras se enjuagaba la boca escuchaba las instrucciones de Lamont Orwells, atento y tranquilo. Allí no estaba pasando nada.

Salvo que un pegador brutal, con tres asaltos, había llegado prácticamente al agotamiento, mientras que el otro, que había estado exhibiendo un boxeo impecable, elegante y sereno, descansaba porque así tenía que hacerse.

Cuando sonó de nuevo la campana y se inició el cuarto asalto, nada más ver cómo salieron los dos boxeadores de su rincón, se hizo el silencio.

«Hombre, ¡por fin! —pensó Frank Minello—. ¿Ya os habéis dado cuenta, zoquetes?

El silencio era tal ahora que se oyeron los chasquidos de los guantes unos contra otros, y contra la carne joven y sólida. Frank miró una vez más hacia Lamont Orwells, y vio que empezaba a recoger tranquilamente el albornoz de su pupilo. ¿De modo que iba a terminar ya el combate?

De nuevo miró al ring.

Joe Norton, tenaz e innegablemente pudoroso y fuerte, intentaba proseguir en la misma línea de los tres asaltos anteriores. Solo lo intentaba, porque ahora se encontraba con una muralla de golpes que le llegaban de todas partes. Dany Dempsy seguía moviéndose con soltura, suavemente, girando alrededor de Norton, pero ahora ya no retrocedía en ningún momento. Solo giraba.

Giraba una y otra vez, y a cada giro, sus puños chascaban contra el cuerpo o el rostro de Norton. Era como una obra de arte hecha a golpes de guante. Cada giro de Dany Dempsy eran dos o tres impactos inevitables en el cuerpo de Joe Norton. Directo cruzado, directo. Cruzado, directo, gancho. Un-dos, cruzado, un-dos... Como en un entrenamiento.

El desespero de Joe Norton empeoró las cosas... para él, claro está.

Se lanzó en tromba contra Dany Dempsy, lanzando golpes ciegos, buscando la penetración, el cuerpo a cuerpo. No lo consiguió ni remotamente. A cada paso que daba hacia delante, recibía un directo en el rostro que lo frenaba. A cada titubeo tras este frenazo, un corto cruzado al hígado o un directo al estómago.

El silencio del pasmo cedió, y tras la comprensión de lo que

realmente estaba ocurriendo en el ring, el público comenzó a gritar de nuevo, ahora a favor del guapo Dany Dempsy. Este ni se inmutó. Se limitó a mirar hacia su rincón, vio el gesto afirmativo de Lamont Orwells, y entonces, simplemente, se dispuso a terminar la pelea.

Para sorpresa de Joe Norton entró en su terreno. Y cuando Norton iniciaba el cuerpo a cuerpo recibió en pleno hígado el tremendo zurdazo que lo dejó paralizado. Su rodilla derecha se hincó en la lona, sus enguantadas manos fueron hacia la zona golpeada. Dany Dempsy se retiró a un rincón neutral.

—... Seis, siete, ocho...

Joe Norton estaba de nuevo sobre sus dos pies. Dany Dempsy miró desconcertado a su manager. Lamont Orwells se limitó a encoger los hombros, y acto seguido volvió a hacer aquel gesto afirmativo con la cabeza.

Acudieron uno al encuentro del otro, y Norton intentó una vez más la lluvia de golpes...

Por entre sus brazos, penetró el derecho de Dany Dempsy como un relámpago. El guante se estrelló contra la mandíbula de Norton, el protector saltó de su boca, los ojos mostraron solamente el blanco de la córnea... y la masa de músculos que era Joe Norton se desplomó hacia atrás sobre la lona.

Frank Minello se puso en pie, y emprendió el camino hacia los vestuarios del Box Stadium, donde últimamente se celebraban las veladas de mantenimiento de la afición. Pasó frente a la muchacha preciosa, y sonrió al ver su boquita entreabierta en un gesto anhelante. Evidentemente, la muchacha no entendía demasiado de boxeo.

—... Ocho... Nueve... ¡K. O.! —terminó la cuenta el árbitro.

De pasada hacia los vestuarios, desentendiéndose de los gritos, aplausos y silbidos, Frank se detuve ante el viejo Terry, que miraba fascinado hacia el ring, con su cesta de chucherías ante el pecho, colgada de su cuello.

—Una de avellanas, Terry —pidió Minello.

Terry *Box* Muskie, cincuenta y cinco años, una reliquia del boxeo de otros tiempos, desvió la mirada, todavía absorto, pero sonrió anchamente al ver a su cliente.

—Hola, Frankie. ¡Me alegro de verte!

—Pues muchas gracias, hombre. ¿Qué? ¿Cómo te va?

—Psé... Ya ves; tirando. ¿Una de qué?

—De avellanas.

—Que aprovechen —tendió Terry la bolsita—. ¿Qué te ha parecido el muchacho?

—No está mal.

Terry *Box* Muskie entornó los ojillos, ladeó la cabeza, y, de pronto, se echó a reír.

—Conque no está mal, ¿eh? Escucha, ni a ti ni a mí tiene que enseñarnos nadie nada sobre boxeo, ¿verdad?

—A ti seguramente no —rio Minello—, pero yo fui un paquete.

—Tal vez. Bueno, no eras una figura, claro, pero tampoco eras tan malo, ¡qué coño! De todos modos, sabes de boxeo más que nadie en Nueva York. ¡O sea, del mundo!

—Vamos, no digas tonterías.

—Tú sabes perfectamente que ese muchacho tiene en el cuerpo un campeón. Lo reúne todo: piernas, brazos, cintura, corazón, cerebro... ¿Sí o no?

—Podría ser. Habrá que verlo en los próximos combates... Ese Norton es otro paquete, como yo.

—Bueno, de acuerdo, pero para derribar a ese paquete hay que tenerlos bien puestos. Y mira al muchacho: ¡ni siquiera se ha despeinado!

—Debe llevar fijapelo. Toma, por las avellanas.

Terry agarró el billete de veinte dólares, y comenzó a buscar en el gran bolsillo de su delantal el cambio, pero Minello ya se alejaba.

—¡Hey, Frankie! ¡Tu cambio!

Era lo de siempre. Minello le compraba avellanas y le pagaba con un billete de veinte dólares, a veces dos billetes, y se «olvidaba» del cambio. Terry se lo recordaba, y entonces Minello decía:

—Déjalo para la próxima. Así, aunque no lleve dinero encima, no me quedaré sin avellanas.

Solo que la próxima vez, volvía a entregarle uno o dos billetes más, cuyo cambio se «olvidaba» igualmente de recoger.

—Gracias, Frankie. Esto... Oye, Frankie...

—¿Sí? —se volvió de nuevo Minello.

—Bueno... Esperemos que al muchacho no le pase lo mismo que a los otros. Ya sabes, ¿no?

—¿A qué te refieres exactamente? —regresó sobre sus pasos

Minello.

—Hombre, a eso de las desapariciones de boxeadores... ¡No me digas que no estás en ello! Un periodista como tú no puede desentenderse de algo así, ¿verdad? Seguro que estás investigando.

—Ni siquiera sé por dónde empezar —masculló Frank—. Sé lo que todo el mundo—. En cuanto aparece un muchacho con clase, al poco tiempo desaparece, y no se vuelve a saber de él. Eso es todo.

—¿Quieres decir que no has encontrado ninguna pista? ¿Qué no estás investigando eso? Mira, a mí no me la pegas, sé que como boxeador no fuiste una maravilla, pero sí lo eres como periodista. ¿Estás en ese asunto o no te has interesado por él?

—Terry, entiéndelo. No puedo investigar nada sobre lo cual no tengo pista alguna. Supongo que no pretenderás que yo sea más listo o más hábil que la policía, en estas cosas.

—No; pero tú conoces nuestro mundillo de las doce cuerdas, y quizá has podido enterarte de más cosas que la policía. Tú eres de los nuestros, Frankie. Puedes meter tu abollada narizota en todas partes sin que se te haga el vacío alrededor. Yo mismo, por ejemplo... ¿Crees que, conversaría de esto con un poli?

—Te voy a decir la verdad, Terry. Hace tiempo que estoy buscando algo sobre el asunto, pero nadie sabe nada.

—Ajá, entonces es cierto lo que me han dicho. Que Minello va por ahí haciendo preguntas. ¡Claro, tenías que hacerlo!

—¿Por qué te interesas tanto por mis andanzas, Terry?

—Hombre, por curiosidad. Si has averiguado algo, pues... me gustaría saber de qué va.

—No, no he averiguado nada —Minello se quedó mirando fijamente al veterano púgil vendedor de chucherías—. ¡Y tú? ¡Sabes algo sobre el asunto?

—¿Yo? Claro que no... No.

Los oscuros y perspicaces ojos de Frank Minello casi desaparecieron entre los párpados.

—Pues es una lástima, Terry. De veras, es una, lástima. Yo estaba pensando precisamente pedirle a mi jefe que me autorice a ofrecer una recompensa por cualquier información válida sobre el caso.

—Pero si no sé nada, Frankie... ¡Nada! Creí que tú sí sabrías algo, eso es todo.

Minello seguía mirando fijamente los claros y astutos ojillos de Terry *Box* Muskie, que ahora había desviado la mirada. Pero esto parecía justificado, ya que tras el protocolario anuncio del desenlace del combate, y después de asegurarse Dany Dempsy de que Joe Norton estaba bien, el vencedor de la pelea, acompañado por su manager y el cuidador, acudía hacia la boca del pasillo... por la cual aparecía uno de los protagonistas del próximo combate, haciendo sombra.

—Adiós, Frankie —saludó Lamont Orwells, con una sonrisita de complicidad.

—Nada de adiós —gruñó Minello—. Voy para allá enseguida. ¿De acuerdo?

—Sí, hombre —rio Orwells—. Tienes paso libre. Tú siempre.

La pequeña comitiva siguió hacia los vestuarios, y Minello miró de nuevo a Terry Muskie.

—Bueno, Terry, hasta la vista... Si necesitas algo de mí ya sabes dónde llamarme.

—Gracias, Frankie. Siempre has sido un buen muchacho...

Minello asintió, y se plantó delante de la preciosa rubita que iba en pos de Dany Dempsy. Tenía los ojos azules, la boca roja, llena. Y un cuerpo fino y deliciosamente formado.

—¿Qué tal? —saludó Minello—. ¿Le gustan las avellanas?

CAPÍTULO II

La muchacha se detuvo ante el muro que representaba el metro ochenta y dos de Frank Minello, miró la bolsita de avellanas en la manaza del periodista, y luego el rostro de este. No tuvo más remedio que sonreír ante aquellas facciones viriles, simpáticas, en la que destacaban los ojos oscuros del periodista, fijos en los suyos. Una revuelta cabellera de disparatados rizos daban un aspecto juvenil y desenfadado al periodista deportivo.

—Pues sí, me gustan —dijo la muchacha—; pero en este momento no me vienen de gusto, gracias.

—Las dejaremos para luego, entonces —Frank se guardó las avellanas en un bolsillo—. ¿Es usted hija de Dany Dempsy?

—¿Qué? —exclamó ella.

—¿No? Bueno, la madre tampoco, ¿verdad? Pero tiene que ser algo de él, porque se parecen mucho.

—¡Soy su hermana! —exclamó riendo ella.

—¡Aaaah…! ¡Qué cosas, no se me había ocurrido! Oiga, si va para allá puedo acompañarla.

—No es necesario.

—Es que yo también voy para allá, ¿sabe? Me llamo Frank Minello, soy guapo, simpático y soltero, y además fui boxeador y ahora soy periodista. Una maravilla de vida. ¿Cómo va la suya?

—¿Mi vida? ¡Muy bien, gracias!

—Espléndido —Frank la tomó de un brazo—. Ya vuelven a rugir las fieras—. Alguien está vapuleando a alguien. ¿Le gusta el boxeo?

—No.

—Pues lo tiene mal, con un futuro campeón en la familia. Le diré una cosa, para que se vaya haciendo a la idea. A su pequeño Dany nadie va a poder apartarlo de las doce cuerdas, ¿comprende?

—Ni siquiera he dicho que se me haya ocurrido intentarlo. Pero tengo derecho a que no me guste, ¿verdad?

—Eso sí.

—Es una salvajada.

—A veces. ¿Qué opina del hockey sobre hielo? ¿Y del béisbol? Una vez vi a un muchacho de esos con la cara, abierta por un golpe de cuchilla de patín; y no fue accidental. En otra ocasión, un jugador de béisbol se enfadó, y le partió la cabeza a un contrario con el palo... Al menos, en el boxeo ya saben que salen a zurrarse.

—Se nota que ha sido usted boxeador.

—Sí, tengo la nariz convertida en una coliflor. Pero eso no disminuye mi natural belleza, creo yo. ¿O sí?

—Le da un aspecto simpático.

—¿Lo ve? Ventajas del boxeo. Si yo tuviera la nariz como cuando nací, usted no me encontraría simpático. ¿Cómo se llama?

—Virginia.

—Virginia *Pretty* Dempsy —sonrió Frank—. ¿Chocamos o nos besamos?

Riendo, Virginia le tendió la mano, sin dejar de caminar. Estaban llegando al pasillo de camerinos, y Frank no tuvo que molestarse en buscar el de Dany Dempsy, porque la muchacha fue directa a él. Junto a la puerta ante la que se detuvo Virginia había otra muchacha, algo más joven que ella, quizá de unos veinte años, y ciertamente de un estilo bien distinto. No es que fuese más bonita o tuviera mejor cuerpo que el de Virginia, pero lo lucía más y mejor. Su rostro parecía prometer algo, y tenía unos senos sensacionales, bien apretados por el jersey blanco. Era una muñequita capaz de despertar el deseo sexual en una estatua.

—Hola, Virginia —saludó—. ¿Vas a entrar?

—Claro —la miró fríamente Virginia.

—A mí no me lo han permitido... ¿Puedo entrar ahora contigo?

—Se lo preguntaré a Lamont. Yo no puedo decidir esas cosas.

—Si es porque el gran *Pretty* está desnudo —sonrió la otra—, diles que no voy a desmayarse.

—Estoy segura de eso, Stefanie.

Virginia llamó a la puerta, la empujó y entró. Minello se disponía a colarse tras ella cuando oyó la voz de la llamada Stefanie:

—Oiga, ¿usted también va a entrar?

—Así es —la miró amablemente Minello.

—¿Y eso por qué? ¿Por qué todos pueden entrar menos yo? Además, ¿quién es usted?

—¡Cómo! —se sorprendió Minello—. ¿No me ha reconocido? ¡Pero criatura, si soy Cassius Clay!

Entró y cerró tras él, sonriente. No vio a Dany, que estaba en la ducha. Lamont Orwells acudió a su encuentro, sonriente.

—Tengo una maravilla… ¿A que sí, Frankie?

—El muchacho es bueno —asintió Frank—, pero acaba de empezar. Y si le ponen delante platos como el que he visto ahí fuera se indigestará y se quedará a mitad de camino.

—¿Te refieres a esa golfita? Olvídala. No es nada importante. Conoció a Dany hace unas semanas en el parque, y desde entonces va tras él. Oh, espera, voy a presentaros. Virginia…

—Nos conocemos —dijo Virginia—. El señor Minello incluso me ha invitado a avellanas.

—Ah. De modo que has visto al viejo Muskie, Virginia. Toda una celeridad, una vieja y caduca figura de segunda fila del boxeo. Nunca fue nada, y ahora vende cacahuetes y chicles. Eso no pasará con Dany. ¿Verdad, Frankie?

—¿Quién puede jactarse de conocer el futuro? —eludió Frank una respuesta directa—. Bueno, Lamont, dime si el chico puede atenderme ahora o prefieres que nos veamos en otro momento y lugar. Aunque no creo que esté muy cansado… ¿Qué te pasa?

—Bueno, Frankie, creo que será mejor que lo entrevistes ahora, porque no volverás a verlo hasta el próximo combate.

—¿Qué quieres decir?

—Voy a sacar al muchacho de Nueva York. Tengo alquilado un pequeño chalé, junto a un bosque y un lago… Nos iremos allá cuanto antes. Quiero decir que se irá él. O sea…

—Vamos, Lamont… ¿Crees que también él va a desaparecer?

—¿No te parece lo bastante bueno para eso?

—Creo que debes tranquilizarte.

—No quiero que a Dany le ocurra lo mismo que a los otros. ¿Le sacaste algo a Terry sobre eso?

—Terry no sabe nada, como yo. O eso dice.

—Pues si no lo sabe él, no lo sabe nadie. ¡Maldita sea, por culpa de esa golfa voy a tener dificultades!

—¿Te refieres a la muchacha de ahí fuera?

—Sí, claro. Dany no quiere marcharse de Nueva York, y me parece que es por ella. ¡Claro, como se la…!

—Tranquilo, hombre, tranquilo —sonrió Minello, mirando de reojo a Virginia, que ponía mala cara—. Eso nos gusta a todos, ¿no? Además, ahora no es como antes, que a los deportistas nos decían que las mujeres nos debilitan... ¡Qué idiotez! Es todo lo contrario, me parece a mí. Y si al chico le gusta la pelirroja Stefanie...

—Vaya un modo de hablar —refunfuñó Virginia—. ¡Están hablando del acto sexual como si fuese una terapia o un medicamento!

—Además de ser ambas cosas —dijo Minello—, es agradable. Oiga, Virginia, el muchacho es un deportista, no un monje budista. Y me pregunto qué tiene usted contra el sexo.

—¿Yo? ¡Nada en absoluto, naturalmente!

—Me complace oír eso —sonrió Frank.

Virginia enrojeció de rabia, y Orwells y su ayudante soltaron la carcajada.

—¡Es usted muy gracioso! —estalló Virginia, colérica.

—No se enfade conmigo. —Frank sacó la bolsita de avellanas y se la tendió—. ¿Le apetecen ahora unas avell...?

—¡A la porra usted y sus avellanas! —gritó Virginia, arrancando de un manotazo la bolsa de la mano de Frank.

Este quedó estupefacto. Luego, con gesto de pena, miró las avellanas esparcidas por el suelo.

—Me debe un dólar —gruñó—. O una bolsa de avellanas. Pero se lo perdono todo si me invita a cenar.

Virginia volvió a enrojecer. Orwells alzó las manos, riendo.

—Bueno, bueno, calma todos, ¿eh? Escucha, Frankie, te voy a conceder una entrevista como tú quieras y cuando quieras, con fotos y todo eso. Pero tienes que ayudarme a convencer al muchacho de que salga de la ciudad.

—Mira, Lamont. En primer lugar tu muchacho no es tan importante como para que yo pierda el culo por hacerle esa entrevista, que además, lógicamente, me la tendrías que solicitar tú a mí, para que lo haga famosillo, para empezar. Luego, no tengo por qué meterme en esto, que es cosa vuestra. Y en tercer lugar, no me gusta que nadie me odie.

—¿Quién te odiaría?

—Pues la chica de ahí fuera —sonrió Minello—. Y a lo peor hasta el propio Dany. La chica está como un tren.

—¡Pues si tanto le gusta a usted…! —empezó Virginia.

—¿Qué? —la miró Frankie—. Si tanto me gusta… ¿qué?

—¡Acuéstese con ella!

—Buena idea. ¿Me perdonan un momento? Se lo voy a proponer.

Y dejando estupefactos a todos salió del camerino. Entró de nuevo quince o veinte segundos después, sonriente. Miró a Virginia y le guiñó un ojo, alzando el pulgar.

—Hecho —dijo—. A ella también le ha encantado la idea. Ha ido a esperarme en su cama. Espero que Dany no se enfade.

El violento sonrojo de Virginia no presagiaba nada bueno, cuando Dany Dempsy salió de la ducha, completamente desnudo, y tomó la toalla que le tendió su cuidador.

—¿Por qué he de enfadarme? —preguntó.

—Tu hermana quiere que yo me acueste con Stefanie —dijo cándidamente Frank.

—¡Estúpido! —explotó Virginia—. ¡Estúpido, estúpido…!

—Vamos, ¡Virginia, cálmate! —gruñó Orwells—. Debí advertirte que no te metieras con Frankie. Siempre saca las cosas de quicio. Pero en el fondo es el tipo más serio e inteligente que puedas buscar. Así que vamos a hablar en serio, ¿eh, Frankie?

—Hablemos en serio —asintió Minello.

—De acuerdo. Tú haces la entrevista cuando quieras y como quieras, y luego me ayudas a convencer a este cabezota. ¡Te lo estoy pidiendo como un favor, maldita sea!

—Eso es otra cosa. Pero dime cómo puedo convencerlo.

—No se moleste —sonrió Dany, restregándose la cabeza enérgicamente—. Me quedo. Yo no tengo miedo a nada, señor Minello.

—Sí, lo sé. He visto tu mirada en el ring.

—¿Qué quiere decir?

—Yo me entiendo. Bueno, voy a decir algo inteligente. Estamos todos un poco excitados, así que vamos a dejar esto para otro momento, ¿de acuerdo? Y si no queréis jaleo espabilad en salir de aquí, porque en cuanto termine el combate que hay ahora, el último, mis colegas vendrán por aquí en tropel, a ver qué sacan de unos y otros.

—Ya tendrían que estar aquí, ¿no? —gruñó Orwells.

—Ya te lo he dicho. Tu muchacho no es todavía campeón del mundo. Ha interesado, pero eso es todo. Llámame mañana al Morning, y concretaremos.

—Escuche, señor Minello —murmuró Dany—. Lamont me ha dicho algunas cosas de usted, así que me gustaría conocer su opinión sobre mí. Dice Lamont que entiende usted como nadie. Bien, ¿qué dice?

—No me presiones, Dany. Dame más tiempo. Además, Lamont sabe de esto tanto o más que yo. Y George también —señaló al cuidador.

—Pero a todos nos gustaría saber qué opina usted.

—Déjame pensarlo esta noche, y mañana daré mi respuesta. Pero no a ti, ni a Lamont o George, sino a tu hermana.

—¿A mí? —saltó Virginia—. ¿Por qué a mí?

—Me gusta ser original. De modo que la espero mañana por la mañana, a las ocho, en Central Park. Ah, vaya con chándal. Haremos un poco de *footing*. Usted lo necesita.

—¿Qué quiere decir? —gritó Virginia.

—Que está un poco gorda. Hasta mañana.

—¡Imbécil!

—Sí —sonrió Frank—, a las ocho en punto.

—¡Se va a morir de viejo esperándome, estúpido!

* * *

—Pues que yo sepa —dijo Frank—, nadie se muere de viejo en cinco minutos, gordita.

Eran las ocho y cinco de la mañana. Central Park. Frío y todavía una ligera niebla primaveral. Desde las ocho en punto, como casi todos los días, Frank Minello corría por los paseos del parque más famoso del mundo. A las ocho y cinco había aparecido Virginia, en chándal azul, haciendo bello conjunto con su rubia cabellera, suelta. Había simulado no ver a Frank, lo que era una tontería, pero Frank se había limitado a alcanzarla y saludarla a su manera, esto es, como arriba queda dicho.

Ella le mire de reojo, y dijo:

—Si vuelve a llamarme gorda le abofeteo.

—¿Cómo debo llamarla?

—Virginia.

—*Okay*, Virginia. ¿Se te ha pasado el enfado? ¿O todavía estás más enfadada que anoche porque Lamont te haya insistido tanto en que vengas a arreglar tus relaciones con la prensa deportiva?

—¡Nadie me ha obligado a venir!

—Tanto mejor. Oye, ¿sabes que no corres nada mal?

—Pues usted parece un hipopótamo.

—Falso. Soy apolíneo, ágil y corro elegantemente. Soy un bellísimo atleta de estilo impecable, un gran deportista con corazón de tigre. ¡Grrr!

Virginia se echó a reír. Frank sonrió. Sabía ya que Virginia no era ni mucho menos nueva en aquello. Respiraba solo por la nariz, llevaba bien el compás de los brazos, y apenas movía los hombros.

—¿Cómo le fue con Stefanie? —preguntó la muchacha.

—Magnífico. Tres.

—Tres... ¿qué?

—Mujer... ¿Qué va a ser? Tres viajes celestiales.

—¿Y después de una noche así todavía tiene fuerzas para correr? ¡Es usted un fenómeno! ¡Y un embustero!

—¿Embustero yo? ¿Por qué?

—Porque Stefanie se fue con Dany anoche. A su apartamento.

—Ya. ¿Y qué dijo Lamont de eso?

—Se puso hecho una fiera, pero Dany le dijo que se fuese al demonio, que tenía ganas y punto.

—En ese caso, voy a darte la respuesta que estáis esperando. Dile a tu bello hermanito que por bueno que sea, que lo es y muchísimo, nunca llegará a nada si no acepta la dirección de Lamont. Lo que no quiere decir, claro, que no eche un polvito de cuando en cuando.

—¿A qué llama usted de cuando en cuando?

—Cuando Lamont se lo autorice.

—¡Mi hermano no es un semental que...!

—Tranquila, tranquila... No se trata de eso. Pero Lamont entiende más de resistencia física que el guapo Dany. A lo mejor, al muchacho hasta le iría bien casarse. Eso está bien, es relajante. Pero nada de amiguitas como esa Stefanie. ¿Me explico?

—Sí... Creo que sí.

—Lo de tener amiguitas así solo pueden permitírselo tipejos

como yo. Y a propósito, vamos a tu apartamento o al mío?

—¿A qué? —lo miró vivamente Virginia.

—Supongo que no has desayunado.

—Claro que no.

—Perfecto. No hagas nunca caso de eso que dicen de llenarse las tripas antes de correr. Te lo dirán incluso gente que se las da de técnicos. Tú no hagas caso. Por las mañanas se corre en vacío. Luego, si quieres, te das un banquete. Bien, ¿a tu apartamento o al mío? A desayunar, se entiende.

Frank Minello esperaba que Virginia replicase que a ninguno de los dos, pues tras el ejercicio ambos querrían ducharse, y ya fuese en uno u otro apartamento las cosas podían complicarse. Y como esperaba una respuesta de este tenor, se quedó pasmado cuando ella dijo:

—Será mejor que vayamos al mío. ¿Ha venido usted en coche?

—No. Vivo muy cerca.

—Entonces iremos en mi motocicleta. ¿De acuerdo?

—Aquí hay truco —gruñó Frank—. ¿Me está esperando tu hermano para romperme la cara si intento alguna aventura contigo?

—Mi hermano no volverá hasta la hora del almuerzo, señor Minello. Y yo no tengo que tender ninguna trampa a nadie. Ha sido usted quien ha preguntado a qué apartamento íbamos a desayunar.

—Eso es cierto —tuvo que admitir Frank.

—Pues entonces, venga o no venga, pero no líe a los demás.

—¿Y si voy y se complican las cosas...? Ya me entiendes.

—No diga tonterías. Usted, diga lo que diga y haga lo que haga, es un hombre serio.

CAPÍTULO III

—Bueno —mascculló Frankie—; pero no tan serio, caray.

Virginia, que salía del cuarto de baño envuelta en un albornoz, le miró desconcertada.

—¿Qué?

—Que sí, que soy serio, pero no tanto. Que nos duchemos por separado, pase, y gracias por dejarme el primer lugar. Que me prestes un albornoz de tu hermano, vale, y gracias también. Que me hayas invitado a desayunar, *okay*, estupendo. Pero escucha, que salgas ahora de ahí dentro recién bañada, perfumada, y enseñándome los pechos ya es pasarse de rosca.

Virginia miró la abertura del albornoz, y luego, sonriente, a Frank.

—Me parece que te excitas por poca cosa.

—Son puntos de vista.

—Bueno, de todos modos supongo que esto te parece una miseria si lo comparamos con lo de Stefanie.

—Las vacas no me gustan. Prefiero las chicas con unos pechos menuditos, así como los tuyos.

—¡Mis pechos no son *menuditos*! —protestó Virginia.

—Como quieras.

—¡Nada de como quieras! ¡No son *menuditos*!

—Está bien, está bien, no te enfades... He preparado algo para desayunar mientras te duchabas. Lo pondré en la mesa mientras terminas de emperifollarte.

—¡Yo no me *emperifollo*!

—Zambomba, vaya humor, después de un buen ejercicio y una estupenda ducha. Tendrías que estar feliz y ligera ¿no crees?

—¡No entiendo por qué te metes tanto conmigo! Primero me llamas gorda, luego dices que tengo los pechos *menuditos*, y ahora me sales con que me *emperifollo*, como si fuese una cacatúa. ¡Pues te advierto que si vas a continuar...!

—¡Gong! —dijo Frank—. ¡Final del primer asalto! Tómate un

descanso y reúnete conmigo en la cocina. Allí seguirá el combate. Y no me mires así. Eres tú quien ha provocado esto, enseñándome los pechitos.

—¡Yo no te estoy enseñando nada!

Frankie movió la cabeza, y se dirigió hacia la cocina. Virginia apareció allí un par de minutos más tarde. Se había terminado de secar, eso era todo.

—Segundo asalto —dijo Frank—. Huevos con jamón, caf...

—¡Mis pechos no son *menuditos*!

—Pero, nena, qué perra has pillado con eso... ¿Es que nadie puede equivocarse? De acuerdo, no son menuditos, son... son... Pues no sé cómo son, porque no los veo.

—¡Pues ya los estás viendo! —exclamó Virginia, abriéndose completamente el albornoz—. Y ahora, ¿qué? ¿Son *menuditos*?

Frankie se quedó mirando los senos de la muchacha, altos, turgentes, rotundos, rematados por sendos pezones grandes y rosados, blancos, tersos. El periodista permaneció en silencio, hasta que Virginia, con un hilo de voz, preguntó:

—¿No te gustan?

—Son preciosos —susurró él.

—Frankie, no te comprendo... Mientras me duchaba he estado pensando todo el tiempo que ibas a entrar, para sorprenderme desnuda en la bañera, que entrarías conmigo, que... que sería todo delicioso... ¡Y no lo has hecho! ¡No te gusto!

—Virginia, eres preciosa, pero yo no soy de esos tipos que se aprovechan de las situaciones para...

—¡Oh, por Dios, qué estupidez! Casi no he dormido esta noche pensando en ti, he ido a buscarte al parque, te he traído aquí, te he dicho que Dany no vendrá hasta la hora del almuerzo... ¿Qué más quieres que haga o diga para que comprendas? ¡Y no te atrevas a preguntarme qué es lo que tienes que comprender! ¡Hasta un ciego se daría cuenta de que me he enamorado de ti!

Se acercó a él, tomó sus manos, y se las puso sobre los pechos, que Frank notó endurecidos y ardientes.

—Eso es otra cosa —murmuró Minello—. Es que a mí no me gustan las aventuras baratas, ¿sabes?

—O sea —sonrió Virginia—, que nunca irías con una chica como Stefanie.

—Nunca.

—¿Y con una chica como yo?

Minello miró la boca de Virginia, entreabierta en un gesto anhelante. Ella se colgó de su cuello, y hundió la boca en la de él. Frankie sentía en su boca la fresca ternura de la de ella, y en sus manos, aplastados ahora, el calor ansioso de los pechos, y el violento latir del corazón de Virginia.

No desayunaron.

* * *

En cambio, almorzaron abundantemente hacia la una, ya vestidos, Frank con el chándal y ella con tejanos y un jersey.

—Aunque de todos modos —había reído Virginia—, si Dany llega y te ve aquí en chándal comprenderá lo que ha pasado. No es ningún tonto.

Pero eso había sido dicho por Virginia alrededor de la una. Ahora, casi a las cuatro de la tarde, la muchacha no parecía tan despreocupada y feliz. Naturalmente, Frankie comprendía su actual estado de ánimo, pues Dany no había aparecido. El nerviosismo de Virginia alcanzó tal cota que Frank no tuvo más remedio que decir:

—No sé por qué te lo tomas así. Es evidente que el muchacho ha decidido continuar sacando el cuerpo de penas con la golfita pechugona.

—Me habría llamado —replicó ella enseguida—. Dany nunca hace estas cosas, Frank.

Este asintió. La idea estaba ya hacía rato en su mente, aunque él sabía ocultar su preocupación mucho mejor que Virginia.

—¿Sabes el número de teléfono de Stefanie?

—¿De esa...? ¡Claro que no!

—Te diré lo que vamos a hacer. Pasaremos por mi apartamento, me vestiré, y luego iremos al gimnasio. Verás como Dany está allí, o llegará a su hora normal de entrenamiento... Aunque no creo que hoy entrene, claro, porque ayer tuvo un combate... En fin, ¿qué te parece si vamos al gimnasio?

* * *

—¿Y Dany? —preguntó Lamont Orwells en cuanto los vio aparecer.

—Creímos que estaría aquí —murmuró Frank.

Lamont no contestó. Era innecesario, naturalmente.

—¿Tenía que entrenar hoy? —preguntó Virginia.

—Claro que no.

—Pues me parece que cuando venga mañana las piernas no las tendrá precisamente de acero —sonrió Minello.

—¡Maldita sea! —aulló Lamont—. ¡Esa golfa se lo va a comer!

—No seas absurdo. Hombre, ya que estoy aquí voy a echar un vistazo a tus demás muchachos. ¿Tienes algún otro que valga la pena?

—Siempre tengo alguno —gruñó Orwells.

—Pues voy allá.

—Pero Frank —exclamó Virginia—, ¡tendríamos que buscar a Dany!

—Dime dónde, y salimos para allá ahora mismo —la miró apaciblemente Frank—. Vamos a calmarnos todos, ¿de acuerdo? Ya veréis como dentro de un rato el muchacho se dejará caer por aquí, para que sus compañeros le feliciten por su combate de ayer.

Se adentró en el gimnasio. Nada más entrar aspiró hondo. ¡Aquello sí que olía bien…! A sudor, a carne joven, a serrín. Había no menos de veinte muchachos entrenándose, dos en el cuadrilátero, y los demás haciendo sombras, cuerda, saco, *puching*… Un negro de hombros colosales mostró su blanca dentadura cuando vio acercarse al periodista, sin dejar de hacer saco.

—¿Qué tal, Bombón? —saludó Minello, sonriente.

—Muy bien, señor Minello. Salgo la semana que viene… Ya estoy bien, muy bien.

—Me alegra oír eso. Pero yo diría que has engordado, ¿no?

—En una semana me lo quito de encima. Estoy en plena forma, de veras.

—De acuerdo. Pero ten cuidado. Otro tortazo como el último en la mandíbula y vas a tener dificultades. Creo que deberías comer menos y quedarte en el peso inferior. Pegan menos duro. Ya nos veremos.

Se acercó al ring, donde dos muchachos con protectores en la cabezas estaban haciendo guantes bajo la atenta mirada de George,

que al verlo movió la cabeza y señaló hacia la entrada de la sala, donde acababan de aparecer Lamont y Virginia, ambos con expresión preocupada.

—¿No ha venido Dany contigo, Frankie? Y con Virginia.

—No. Ya vendrá.

—Ese chico se está complicando la vida. Y todo por un par de ubres desproporcionadas. Mala cosa cuando empiezan así, ¿verdad?

—Déjale que se desahogue. Oye, esto ¿qué es? —señaló a los dos boxeadores—. ¿El combate del siglo, o Caperucita Roja contra Blancanieves?

—¿No te gusta? —rio George.

—Tengo la impresión de que van a besarse de un momento a otro.

—Muchachos —rio George—, al señor Minello no le parece que seáis boxeadores. ¡A ver si hacéis algo para convencerlo!

Los dos jóvenes lo miraron socarronamente, y uno de ellos propuso.

—¿Quiere subir usted, señor Minello? Con el que elija de los dos.

—Otro día —puso cara de espanto Frankie—. Pero de verdad. Se os van a reblandecer los puños si seguís pegando así.

—Venga, venga, moveros —masculló George.

Los guantes comenzaron a chascar con fuerza, los impactos se sucedieron, veloces, fuertes, secos. Se oía el roce de las zapatillas en la lona. Minello entornó los ojos. Ojalá se equivocara, ojalá su mal presentimiento no se cumpliera… Pero media hora más tarde, ya cerca de las siete, Dany no había aparecido todavía. Virginia esperaba en el despacho de Lamont Orwells, haciendo frecuentes llamadas a su apartamento, sin resultado alguno. Minello se puso a darle golpes al *puching-ball*, con ambos puños desnudos. El balón, al dar en la parte alta, parecía querer imitar el sonido de una ametralladora. ¡Ah, los buenos y viejos tiempos, que ya no volverían!

Poco después, lanzó un zambombazo al saco, y enseguida emitió un aullido que resonó en todo el gimnasio. Todas las miradas se clavaron en él.

—¿Qué pasa, Frankie? —se alarmó Orwells.

—¡Me he roto la mano! —vociferó Frank.

Las risas estallaron en el gimnasio. Luego, cada cual siguió con lo suyo. De pronto, Virginia apareció en la entrada, haciendo gestos, y Frank y Lamont se apresuraron a acercarse.

—¿Qué pasa? —preguntó Lamont.

—Stefanie está en el despacho... Ha venido a esperar a Dany.

Se quedaron mirándola como petrificados. Virginia remachó la información...

—Dice que Dany se fue de su apartamento esta mañana, a la hora de las otras veces, y que quedaron en encontrarse aquí a esta hora.

Minello y Orwells cambiaron una mirada. Luego, en silencio, fueron al despacho, donde Stefanie, con jersey rojo poniendo de manifiesto su provocativa anatomía, se dedicaba a mirar las fotografías de boxeadores y de escenas de combates.

—¿A qué hora quedasteis? —gruñó enseguida Orwells.

Ella se volvió, y Minello desorbitó los ojos al ver la proyección de sus pechos. Eran apabullantes.

—A las siete. Dijo que pasaría un rato por aquí, y que luego me invitaría a cenar.

Minello y Orwells miraron a la vez su respectivo reloj de pulsera. Las siete y cinco.

A las ocho menos cuarto Dany Dempsy no había aparecido. Ni a las ocho, ni a las nueve. Ni contestaba al teléfono en el apartamento que compartía con su hermana.

—Dios mío —dijo por fin Virginia—, ¡tiene que haberle ocurrido algo! Deberíamos avisar a la policía, preguntar si está en algún hospital... Cosas así.

—Sí —murmuró Frank Minello—. Algo habrá que hacer.

* * *

No podía hacer nada.

Absolutamente nada.

Lo estaba intentando, ciertamente, pero sobre él seguía cayendo la lluvia de golpes, por todos lados.

Conseguía, eso sí, golpear de cuando en cuando a alguno de sus cuatro adversarios, pero la desproporción era excesiva. No solo porque eran cuatro, sino porque todos eran de un peso bastante

superior al suyo.

Era como una pesadilla.

Alrededor de él los cuatro boxeadores danzaban por el cuadrilátero, golpeándole sin cesar, en el rostro, el pecho, la espalda, el abdomen, el hígado... De una cosa sí se hacía dado cuenta Dany: no querían lastimarlo de veras, ni marcarlo. Simplemente, le estaba propinando una soberana paliza que seguramente jamás podría olvidar.

Como una pesadilla.

—¡Vamos, Dempsy! —ordenó de nuevo aquella voz ruda—. ¡No se quede quieto, devuelva los golpes, pelee! ¡Pelee! ¡PELEE!

Dany lanzó un directo al rostro del boxeador que tenía enfrente, y acto seguido un cruzado bajo al hígado. El otro soltó un resoplido, pero, al mismo tiempo, disparó también su puño izquierdo, y Dany sintió la compresión de sus labios bajo el impacto. Giró hacia su derecha, y alzó un gancho rabioso que alcanzó a otro de sus adversarios en la barbilla, derribándolo sentado.

—¡Eso es! —aprobó la voz—. ¡Siga pegando, no se pare!

«Hijo de puta —pensó Dany—. ¡Hijo de puta, seas quien seas!».

Volvió a golpear, y su puño se hundió en un abdomen. Recibió un golpe brutal en los riñones, y cayó hacia delante, hincando una rodilla en la lona. Los cuatro boxeadores que se enfrentaban a él al mismo tiempo dejaron de moverse. Se hizo un silencio en el que Dany pudo oír su propio jadeo entrecortado.

No podía más.

Ignoraba el tiempo exacto que llevaba luchando contra los cuatro hombres, pero estaba seguro de que hacía más de una hora. ¡Por el amor de Dios, una hora pegando y recibiendo sin parar, sin un solo segundo de descanso!

Alzó la cabeza, y su turbia mirada quedó fija en la lámpara suspendida sobre el ring. No veía nada. Solo aquella luz que le impedía distinguir cualquier otra cosa. Sabía que estaba en un pequeño gimnasio, con cuatro adversarios, y que alguien estaba presenciando la pelea y dándole órdenes a él y a los otros. Sabía esto, y que alrededor de él todo eran sombras.

Tono lo demás lo recordaba vagamente. Había ido con Stefanie a su apartamento después de cenar en un restaurante chino, y enseguida se desnudaron y se echaron en la cama. Hicieron el amor

un par de veces. ¡Y como le gustaba a Stefanie…! Luego, se tomaron un descanso. Ella preparó un poco de café para sí y él bebió jugo de naranja. Porque una cosa era disfrutar del sexo, y otra cosa era descuidar su forma física con bebidas o alimentos poco adecuados. Habían estado charlando un rato, escuchando música. Luego, Stefanie le pidió que la hiciera feliz otra vez, y él la complació… A partir de ahí era cuando las cosas comenzaban a difuminarse, como si los recuerdos estuviesen hechos de humo.

Recordaba perfectamente, eso sí, que había penetrado a Stefanie, que gritó de gozo. Luego, todo comenzó a difuminarse… Al despertar no estaba en el apartamento de ella, en la cama, sino en un cuarto pequeño y estrecho, con barrotes en la ventana, y tendido en un catre…

—¡Vamos, Dempsy, levántese, siga peleando!

Dany sacudió la cabeza, y comenzó a ponerse en pie. Sentía que estaba flotando y ya no veía nada de lo actual en torno a él. Persistía el recuerdo de aquel despertar en el pequeño cuarto con rejas en la ventana. Desde esa ventana había visto el bosque, y unos cuantos perros que iban de un lado a otro. De alguna parte le había llegado el inconfundible chasquido de los guantes, y algunas voces. Calculó que debían ser entonces las nueve de la mañana.

Durante todo el día no vio a nadie, ni comió ni bebió. A las ocho, un hombre de unos cuarenta años, que no conocía, había entrado en el cuarto, acompañado de dos de aquellos perros, y le había dado el equipo.

—Vístase —había dicho—. Tiene un combate.

Le había ayudado con los guantes. Luego, lo hacía conducido por una pasillo hasta el gimnasio, en el cual no había más luz que la de la lámpara central Todo lo demás permanecía en sombras. En el ring, cuatro hombres estaban haciendo guantes, por parejas. Dany no comprendía nada, excepto una cosa: aquellos perros obedecerían cualquier orden que les diese el hombre, y, en cuanto a él, simplemente tenía que obedecer cualquier orden que le diese ese mismo hombre, como si fuese un perro más.

—¿Con quién tengo que luchar? —había preguntado.

—Con los cuatro.

—¿Está usted loco?

—Suba al ring.

—Escuche, no sé quién es usted ni qué…

—Escuche usted, muchacho —cortó secamente el hombre—, Y escuche bien, porque no lo repetiré. Mientras esté aquí lo único que tendrá que hacer será obedecer en todo y en todo momento. De modo que suba a ese ring y luche como pueda y sepa con los cuatro. Si no lo hace, si se muestra en rebeldía, simplemente será eliminado.

—Pero… ¿qué significa esto?

—Está usted camino de la gloria. O de la muerte. O la gloria o la muerte, depende de usted. Ahora, suba ahí y veamos cuál de las dos alternativas es la suya.

Y ahora, una hora más tarde (¿O hacía solo un minuto… o un día, o un siglo?), terminaba de ponerse en pie una vez más, sacudía la cabeza, y de nuevo veía bailando a su alrededor los cuatro cuerpos musculosos, relucientes de sudor, y el brillo de los guantes, que comenzaron a chascar contra su cuerpo: ¡chack, chak, chak-chak, chak, chak-chak…!

Una rabia feroz, un odio amargo subió desde el vientre de Dany Dempsy hacia su boca, como si fuese la masa de una vomitera. La vista se le nubló. Comenzó a golpear con la furia de su última resistencia muscular. Oyó caer a uno, luego a otro. Lanzó a otro contra las cuerdas, le recibió con un corto en el estómago, elaboró un *uppercut* que pareció el estallido de un cohete en la barbilla del adversario.

El golpe en el hígado lo dejó paralizado.

Ya no vio nada más.

Sentía su cabeza ir de un lado a otro a cada golpe, pero no le dolía nada. Era como si su cabeza, como si todo él, fuese de algodón insensible. No sentía las piernas, ni los brazos. El sudor cubría todo su cuerpo…

Cuando se desplomó estaba ya sin sentido. No se dio cuenta de nada.

CAPÍTULO IV

Desde la ventana de su apartamento Stefanie estaba viendo a Frank Minello en la calle. Lo había visto por casualidad poco después de las nueve de la mañana, cuando tras llamar por teléfono a Virginia por si sabía algo de Dany, había mirado sin interés alguno hacia la calle.

En aquel momento, Minello salía de una cafetería situada en la otra acera, justo frente a su apartamento, y llevaba un periódico en una mano. Lo vio entrar en la farmacia de al lado, y salir un par de minutos más tarde, doblando el periódico. El dueño de la zapatería situada junto a la farmacia estaba abriendo su negocio en aquel momento, y Minello se acercó a él, desdobló el periódico, y de su interior sacó varias páginas... No, no eran páginas: eran fotografías. Sí, eran fotografías, que enseñó al dueño de la zapatería. El hombre escuchó a Minello, movió la cabeza tras mirar las fotografías, y se dedicó a su negocio, mientras Minello parecía buscar algo alrededor.

Stefanie había comprendido ya lo que estaba haciendo el periodista, y sintió como una diminuta bola de frío en el estómago. El periodista estaba mostrando fotografías de Dany Dempsy, y preguntando por él a los vecinos de la calle.

¿Por qué tenía que hacer eso? ¿Acaso no la había creído cuando ella les dijo la tarde anterior que Dany se había marchado por la mañana, como siempre, alrededor de las diez de la mañana? ¿Por qué quería asegurarse de que era así? ¿Desconfiaba de ella?

La diminuta bola de frío aumentó en el estómago de Stefanie.

Se acercó al teléfono, descolgó el auricular y marcó un número.

—Soy Stefanie.

—¿...?

—Frank Minello, el periodista, está abajo, en la calle, mostrando fotografías a quien se le pone a tiro. Creo que son fotografías de Dany.

—¿...?

—Lo que me preocupa es que creo que él está preguntando a la gente si ayer vieron a Dany por aquí, y eso significaría que no me creyeron cuando dije que Dany se fue de aquí a la hora de otras veces, más o menos… ¿Qué hago?

—…

—¿Nada? Escuche, ese Minello puede parecer un bromista tonto, pero le aseguro que es cualquier cosa menos tonto, así que…

—…

—Pues si tan bien conoce a Minello ya comprende lo que quiero decir, ¿no? Cuando un periodista de su categoría se pone a peguntar no hay quien lo pare. Y sabe cómo preguntar, se lo aseguro. Ayer por la tarde, en el gimnasio, me desmenuzó a preguntas… ¡Estoy convencida de que él no me creyó!

—…

—Está bien, está bien. Pero si las cosas se pusieran mal convendría que yo me fuera de Nueva York.

—…

—De acuerdo.

Colgó, y volvió a la ventana. Estuvo más de diez minutos sin ver a Minello. Luego lo vio cruzando la calle y entrando en otro local. Al salir de este, habló con dos mujeres que salían de un edificio, mostrándoles las fotografías, Stefanie vio reír a las dos mujeres. Sí, sí, muy simpático, pero la estaba poniendo nerviosa.

Su nerviosismo aumentó cuando, de nuevo solo, Minello miró de pronto hacia, arriba, hacia las ventanas de su apartamento. Respingando, Stefanie se apartó de la ventana. ¿La habría visto? Cautelosamente volvió a mirar hacia la calle, y suspiró al no ver a Frank Minello. Miró arriba y abajo, pero ya no estaba. ¡Menos mal!

El sonido del timbre de la puerta le trajo un mal presagio. Que se cumplió. Cuando abrió, Minello estaba allí, sonriente, guapo y deportivo. Todavía parecía capaz de derribar a puñetazos la estatua de la Libertad, si venía al caso.

—Hola, Stefanie —saludó amablemente—. ¿Puedo pasar?

—Claro que sí. ¿Tiene noticias de Dany?

—Todavía no. Sí me lo permite, voy a llamar a Virginia al apartamento para preguntarle.

—Lo he hecho yo varias veces esta mañana, y no sabe nada. Pero iba a llamar otra vez. Hágalo usted.

Mientras hablaban habían caminado hacia el saloncito, y Stefanie señaló el teléfono. Frankie llamó a Virginia, quien le dijo que Dany no había llamado. Mientras conversaba con Virginia, Minello miraba hacia la ventana, y, de cuando en cuando, a Stefanie, que conseguía no aparecer nerviosa en demasía. Frank colgó, se acercó a la ventana, y miró hacia la calle.

—¿Tal vez lo vio marchar desde aquí? —preguntó, sin mirar a la muchacha.

—No... No. Yo... me quedé en la cama.

—Ah, claro. He estado preguntando por ahí abajo, y nadie vio salir a Dany de este edificio, ni lo vio por la calle...

—¿Por qué ha estado preguntando eso? —exclamó Stefanie.

—Se me ocurrió que quizá alguien le vio tomar un taxi, o subir a algún automóvil cuya matrícula o modelo quizá recordasen... No vamos a engañarnos, ¿verdad, Stefanie? A Dany lo han secuestrado... o lo que sea, igual que han hecho con otros muchachos como él. Ya son dieciséis, me parece. Supongo que está enterada de ese asunto.

—Sí... Sí, sí. Pero nunca pensé... Bueno, jamás se me ocurrió pensar que a Dany pudiera ocurrirle nada. ¡Dios mío, sería horrible que... que...!

—No —negó Minello—. No lo han matado, olvide eso. Y como tampoco parece estar en ninguna comisaría o clínica u hospital, la cosa está clara: lo tienen secuestrado en alguna parte, junto con los otros quince muchachos.

—Pero... ¿para qué? ¿Quién hace eso y por qué? ¿Qué... qué es lo que pretenden? ¡Quizá quieran pedir rescates...!

—No, tampoco es eso. Ya habrían pedido por los chicos anteriores. No sé quiénes son... todavía, pero le sabré —un gesto de determinación apareció en el simpático rostro de Minello—. Mientras tanto, sean quienes sean, lo mejor que pueden hacer es cuidarse.

—¿Cuidarse? ¿Quiénes? ¿Los secuestradores?

—Naturalmente —dijo Minello, dirigiéndose hacia la puerta—. Tener a dieciséis muchachos como esos encerrados debe ser algo así como estar viviendo en la jaula del tigre. Bueno —Minello abrió la puerta del apartamento—, gracias por dejarme llamar. Y naturalmente, si Dany la llama o llega usted a saber algo de él

déjeme el recado inmediatamente con Virginia.

—Sí... Naturalmente, lo haré.

—Gracias. Oh, una cosa. ¿Puedo pedirle un favor?

—Oh, por supuesto, señor Minello.

—¿Sería tan amable de enseñarme los pechos? Me gustaría saber qué clase de almohada ha estado disfrutando Dany.

Se quedaron mirándose fijamente. Frank, sonriente, Stefanie, escrutadora, como queriendo convencerse de que no se trataba de una inoportuna broma. No parecía que fuese broma. Stefanie asió los bordes de la bata, y los apartó, lentamente. Sus sensacionales pechos quedaron desnudos ante la mirada de Frankie, que movió la cabeza y dijo:

—Pues qué zambomba, ¡son menuditos!

—¿Qué? —se pasmó Stefanie—. ¿*Menuditos* mis pechos?

—Los tuyos, no, primor. Hasta la vista.

* * *

—¿Y por qué hiciste eso? —exclamó Virginia, indignadísima—. ¿No tienes bastante con los míos?

—Lo hice por dos motivos —dijo Frank, sonriente—. Uno, que quería convencerme de su tamaño, y de que, en comparación, los tuyos son menuditos. Otro, que también quería convencerme de que, en efecto, Stefanie es una golfita.

—¿Qué quieres decir? —se desconcertó Virginia—. ¡Ya sabíamos que es una golfita!

—No en el sentido que yo le doy a esa palabra, Virginia. Mira, para mí una chica que se acuesta con un chico que le gusta es normal, no es una golfita; todo lo más, una caliente, lo que también es normal. Pero cuando esa misma chica le enseña los pechos a otro hombre, sin más, sin preguntas, sin protestas o sorpresas, es que está queriendo ser muy complaciente. Y me pregunto: ¿por qué Stefanie tenía que mostrarse tan complaciente conmigo?

—No te comprendo.

—Está haciendo lo posible por caerme bien. Y no creo que me ame, como tú. De modo que tengo unos amigos que se encargarán de buscarme noticias de la pasada vida de la muy desarrollada Stefanie... Stefanie ¿qué más?

—¿Su apellido? —parpadeó Virginia—. ¡No tengo ni idea!

—Más a mi favor. Ya verás —Frank se dirigió hacia el teléfono —. En unas cuantas horas voy a saber de esa chica hasta cuándo se corta las uñas.

Frank Minello descolgó el auricular del teléfono.

* * *

Primero le había parecido que sonaba un teléfono en alguna parte de sus sueños, pero poco a poco llegó a su consciencia el hecho real del timbrazo. Se movió en la cama, abrió los ojos, y vio la pequeña lucecita roja sobre la mesita. Una luz sedante. Estuvo unos segundos mirándola, todavía adormilado, mientras seguía sonando el teléfono.

No.

No era un teléfono. Era un timbre. Y él estaba en una habitación que no era la suya...

De repente recordó, y se sentó en la cama de un salto. Le dolió todo el cuerpo. El timbre seguía sonando. De pronto, dejó de hacerlo, y, en el mismo instante en que los recuerdos acudían como en una catarata a su mente, dentro del pequeño dormitorio con rejas en la ventana sonó la voz:

—Preparados en quince minutos. Reunión en el ring.

Luego el silencio.

Le dolía todo el cuerpo cuando comenzó a moverse al oír, lejano, el ladrido de un perro. Los perros. Tenía que obedecer, o le echarían los perros encima. Vacilante, se dirigió hacia la puerta de la habitación, la abrió, y salió al pasillo, en calzoncillos y camiseta. Ni siquiera sabía lo que tenía que hacer, así que no había más remedio que preguntarle a alguien.

Entonces vio a los demás púgiles, caminando silenciosamente por el pasillo. Conocía a algunos de ellos. Plantado ante la puerta de su habitación, Dany miraba pasar a los jóvenes musculosos, observó sus expresiones sombrías, sus gestos duros, hostiles. Allá estaba Nicky Coranti, Albert Carpenter, Desmond *Tiger* Madison...

La verdad iba penetrando muy despacio en la mente de Dany Dempsy. Aquellos muchachos que él estaba viendo eran los que habían ido desapareciendo en aquellos últimos tiempos. Los

mejores. Siempre los mejores indiscutiblemente. Hasta que tuvo que comprender definitivamente: él también había «desaparecido», había entrado a formar parte del selecto grupo cuyo paradero ignoraba todo el mundo.

Es decir, que había sido, por fin, considerado como uno de los mejores.

—Será mejor que espabiles —le había dicho uno de los boxeadores—, si quieres ducharte o ir al retrete.

—¿Qué estamos haciendo aquí? ¿Qué es todo esto? —preguntó Dany.

—¿No te lo han dicho ya? —sonrió torcidamente el otro—. Muchacho, estás camino de la gloria... o de la muerte. ¿No lo sabías?

—Pero...

—Espabila.

El otro continuó su camino. Dany anduvo en pos de él, sin hacer más preguntas, hasta los aseos colectivos. Algunos se estaban duchando, pero Dany no lo hizo, pues el frío era intenso. Además, cuando había sonado el timbre todavía era de noche. Evacuó en una letrina, y luego se lavó la cara, se peinó, y se quedó mirando en el espejo su rostro hinchado a golpes la noche anterior.

—La puta que los parió —jadeó.

—Ten cuidado con lo que dices —volvió el rostro hacia él Carpenter—. Tú eres Dempsy, del Circle, ¿verdad?

—Sí.

—Yo soy...

—Sé quién eres —gruñó Dany—. Os conozco a casi todos los que estáis aquí.

—Claro. Y los demás también te conocemos a ti. Pero hay algunos de la costa oeste, y del medio oeste. Lo mejor, chico, lo mejor de Estados Unidos dando mamporros. Bueno, eso dicen.

—¿Y qué estamos haciendo aquí?

—Ya lo verás. Anoche tuviste combate con los cuatro, ¿eh?

—Sí, esos hijos de...

—Cierra la boca. Y reserva tus energías... Muchacho, hoy va a ser el día más amargo de tu vida.

—¿Voy a tener que combatir de nuevo con ellos? —se aterró Dany.

—No, hombre. ¡Pero si eso no fue nada! Hoy va a ser mucho peor. Hoy toca entrenamiento.

Albert Carpenter salió de los aseos, dejando a Dany con la pregunta en los labios.

Diez minutos más tarde comenzaba a vislumbrar parte de la verdad, cuando se reunieron todos afuera, junto a los dos cuadriláteros que había detrás de la casa. Es decir, delante; era su habitación la que daba a la parte de atrás, y por eso no había visto por la ventana los dos rings.

Quedaban jirones de noche en el cielo, y alguna que otra pálida estrella. El frío era intensísimo, pero ahora Dany llevaba puesto el equipo que había encontrado sobre su lecho al regresar a la habitación. Un equipo completo, de primerísima calidad: jersey, chándal, calcetines, zapatillas, gorro con orejeras... Todo de primerísima calidad.

—¿Qué tenemos que hacer ahora? —preguntó Dany.

El negro Denis Jackson, un impresionante peso pesado de diecinueve años, lo, miró socarrón.

—Correr —dijo.

—¡Cómo, correr! —aulló Dany—. ¡No puedo correr, estoy hecho polvo!

—Ya verás cómo sí puedes correr —rio Tiger.

Aparecieron cinco hombres empujando otras tantas bicicletas, en las que montaron. Los cinco nombres comenzaron a pedalear en dirección al bosque, y los púgiles partieron tras ellos. Solamente Dany quedó atrás... hasta que dos de los perros se acercaron a él y gruñeron sordamente junto a sus piernas. Tiger volvió la cabeza, y gritó, riendo:

—¡Será mejor que corras, Dempsy!

Los perros seguían gruñendo, parecían a punto de atacarle. Dany Dempsy comenzó a correr. A cada paso un calambre de dolor subía desde los tobillos a todo el cuerpo. Sabía correr, y le gustaba hacerlo, precisamente al amanecer. Pero nunca había corrido en aquellas condiciones físicas, ni había estado en un lugar donde el amanecer fuese tan frío. Parecía que todo era bosque. Bosque con senderos. La neblina era fantasmal. Por delante de él iban los tipos en bicicletas, a veces daban vueltas por entre los enormes árboles, como queriendo asegurarse de que todos corrían, que nadie se

rezagaba. Los perros también corrían por delante y detrás. Perros pastores alemanes, que habían sido entrenados para vigilar ganado humano en lugar de ovejas.

A medida que corría, el dolor se iba amortiguando, pero la sensación de corcho comenzó a aparecer en los tobillos. Dany sabía lo que significaba esto: debía detenerse. Pero cuando lo hizo, uno de los penes ladró tras él, y reanudó la marcha. El corazón y los pulmones respondían bien, estaba muy bien entrenado. Pero los músculos le parecían de corcho. En cualquier momento aparecería el calambre que le haría rodar por el suelo, con una pierna o quizá las dos rígidas, presas del dolor.

Consiguió alcanzar al negro gigantesco, cuyo peso le impedía correr con la misma ligereza que los demás.

—¿Cuántos... kilómetros... tenemos que hacer? —habló entrecortadamente Dany.

—¿Kilómetros? No sé. Debemos correr dos horas.

—¡Dos horas! —chilló Dany, deteniéndose—. ¡No!

—Tú verás lo que haces —dijo Jackson, volviendo la cabeza, sin dejar de correr—. Yo prefiero correr.

Dany quedó inmóvil. Dos perros se le acercaron. Uno de los hijoputas de las bicicletas se acercó a él.

—¡Dempsy! —gritó—. ¡Sigue corriendo!

—¡Vete a la mierda! —le gritó el muchacho.

El hombre dio una orden, y los dos perros se abalanzaron contra Dany, que gritó aterrado al ver aquellos blancos dientes reluciendo en las oscuras fauces. Los dos perros lo derribaron, y Dany quedó tendido de espaldas, con las oscuras bocas sobre su garganta, recibiendo el aliento animal en pleno rostro y cuello. Paralizado por el más intenso miedo, sabiendo que podía morir en cualquier momento, el muchacho no se movió, apenas respiraba.

El tipo de la bicicleta apareció junto a él, apoyando un pie en el suelo.

—Tienes cinco segundos para ponerte en pie y seguir corriendo —dijo.

Cuatro segundos más tarde Dany *Pretty* Dempsy, hinchado el rostro, molido a golpes, con las piernas endurecidas, reanudaba la marcha.

Diez minutos más tarde cayó rodando por el suelo. Y ya, ni

perros ni cualquier otra amenaza pudieron conseguir que sus piernas continuaran funcionando. El doble calambre fue atroz.

Ahora, casi a las once de la mañana, el doctor Trask, que acababa de examinarlo, le sonrió y le dio una palmadita en el pecho.

—Ningún problema, muchacho. Eso le pasa a cualquiera. De todos modos, le daré de baja para el resto del día.

—Y eso ¿qué significa? —murmuró Dany, tendido en una de las camillas de la enfermería.

—Significa que está perdiendo puntos. Usted fue seleccionado por King por su clase y excelentes condiciones físicas. Pero si pierde demasiados puntos se desharán de usted. Aquí solo quieren superhombres. Mejor dicho: superboxeadores.

—¿Quién es King?

—Ya lo dice el nombre: el Rey. Él dirige todo esto. Ya lo conocerá. Ahora, hágame caso. Descanse, coma bien, no se complique la vida con nada, y procure estar mañana listo para el entrenamiento diario, porque de lo contrario… Bueno, ya se lo habrán dicho, ¿no? O la gloria o la muerte.

CAPÍTULO V

Dicen que la muerte todo lo iguala, pero no era cierto. No en el caso de Stefanie, cuyos pechos seguían siendo excepcionales, en absoluto corrientes.

Yacía tendida de cara al techo casi en el centro del saloncito de su apartamento, todavía ataviada con aquella bata que tan generosamente abriera para mostrar sus magnificencias pectorales a Frank Minello. La bata se había abierto completamente, y los pechos de Stefanie aparecían en todo su ya frío esplendor, grandes y puntiagudos, casi marmóreos. En el borde interno del pecho izquierdo se veía el negruzco, chamuscado orificio por dónde había penetrado la bala directa al corazón. Los ojos de Stefanie parecían de crista.

El policía que había alzado la sábana con que provisionalmente había sido cubierto el cadáver la dejó caer, y miró a Frank, que parpadeó y lo miró a su vez.

—Gracias —murmuró.

Salió del saloncito. Virginia estaba en el vestíbulo, conversando con el teniente Harry Barnes, de Homicidios, que miró a Minello interrogante.

—Sí, la he visto, Harry —musitó Frank—. Gracias.

—Por lo que me ha contado la señorita Dempsy parece que esto podría tener algo que ver con el asunto de los boxeadores desaparecidos, Frank.

—Sí, eso creo. ¿Quién la encontró?

—Otra jovencita que vive en el edificio, amiga suya. Vino a buscarla para salir a dar una vuelta, encontró la pueda abierta, y entró. Lo demás, rutina. Nos llamó y todo eso. La chica está ahora en su apartamento, supongo que ya recuperada del susto y la histeria. Me ha dicho la señorita Dempsy que estabas investigando, por medio de unos amigos tuyos.

—Sí, así es.

—¿Qué amigos, Frank?

—La CIA —sonrió hoscamente Minello.

—Ya. No quieres decírmelo, ¿eh? Bueno, está bien. Pero dime al menos qué han sabido esos amigos tuyos.

—Me dijeron que se llama... se llamaba Stefanie Allister, veintidós años, y que hasta hace poco había estado trabajando como prostituta a domicilio, ya sabes, una *call-girl*. Su historial es largo. Ya de menor se dedicó a la prostitución, estuvo en asuntos de drogas, chantajes a hombres maduros... Porquerías de esas. Una mierda de persona, aunque esté feo decirlo ahora que está muerta.

—Y cuando tuviste esa información te viniste para aquí con la señorita Dempsy y te encontraste con nosotros.

—Así están las cosas —asintió Frank.

—¿Y qué más?

—¿Qué más? Zambomba, pues nada. Yo venía a apretarle las clavijas, y la he encontrado muerta. O sea, que nada ha servido de nada, vuelvo a estar a ciegas... Y creo que la culpa es mía.

—¿Por qué dices eso?

—Esta mañana la asusté, supongo. Estuve por aquí dando vueltas, haciendo preguntas. La visité, incluso. Quizá se puso nerviosa, y avisó a alguien de mis actividades. Y entonces, decidieron que lo más práctico era quitarla de en medio.

Harry Barnes estuvo unos segundos pensativo, y por fin encogió los hombros.

—Podría ser eso, en efecto. Entonces... ¿tú crees que esa muchacha tenía algo que ver con la desaparición de Dany Dempsy y de los demás?

—Antes no estaba seguro. Ahora, sí. No sé cómo, pero ella tomó parte en el secuestro de Dany. Bueno, tengo... alguna idea al respecto.

—¿Y tu amabilidad te llegaría al extremo de compartir tus ideas con la policía, quizá? —sonrió secamente Barnes.

—¿Por qué no? Mira, esta mañana estuve preguntando a todo el mundo en esta calle si el día anterior habían visto a Dany por aquí, o saliendo de este edificio. Les enseñé fotografías de Dany. Nadie lo había visto salir ayer por la mañana... pero sí un par de veces anteriormente.

—Esas casualidades se dan —deslizó Barnes.

—Tal vez. Pero yo más bien creo que Dany, simplemente, no

salió de aquí ayer por la mañana por su propio pie. Creo que lo sacaron en plena noche, cuando no había nadie en la calle, seguramente drogado, y hasta quizá metido en un baúl, o caja, o saco... Algo así.

—O sea, que ella lo drogó.

—O lo drogó o, del modo que sea, lo dejó inerme en manos de otra u otras personas. Así que cuando se dio cuenta de que yo estaba acercándome a la verdad, se asustó, llamó a alguien, le debieron decir que no se preocupara... y luego vinieron y le cerraron la boca para siempre. Es más práctico que sacarla de la ciudad y esconderla por ahí, con el riesgo de que fuese encontrada tarde o temprano.

—Caramba, Frank —movió la cabeza el policía—. ¡Seguro que eres periodista?

—Sí, pero de los buenos. Además, de cuando en cuando vivo alguna que otra aventura internacional interesantísima. Eso despeja el cerebro.

—Me ha maravillado siempre tu sentido del humor. Bueno, creo que debo agradecerte que te hayas sincerado conmigo. Eso significa que estamos colaborando, ¿eh? O sea, que si sabes algo más...

—Te lo diré. ¿Y tú a mí?

—Hombre, claro.

—Claro. Vámonos, Virginia.

Un par de minutos más tarde, ambos se hallaban en el coche de Frank, que puso las manos sobre el volante y quedó pensativo. Poco a poco, sus temores respecto a Virginia o a él mismo se desvanecieron. No, no irían a por ellos, no les interesaban las complicaciones, y lo habían demostrado eliminando a Stefanie Allister. Cortaban el hilo, y así no tenían que hacer nada más, pues la telaraña quedaba desconectada. Eliminaban a una furcia y asunto terminado.

—Me pregunto —dijo de pronto— si habrá más chicas como Stefanie.

Virginia, que lo miraba expectante, parpadeó.

—¿Qué quieres decir?

—Que tal vez utilizaron también chicas con los demás boxeadores que se llevaron.

—Pero... se habría sabido, como ahora, ¿no?

—No necesariamente. Tal vez los demás muchachos no tengan una hermana mosqueada con la golfita de turno, ni un amigo periodista que conoce el ambiente y tiene ganas de saber qué pasa. Tal vez, simplemente, en las otras ocasiones nadie puso nerviosa a la chica de turno… O tal vez, por último, se ha cometido el fallo inevitable en toda actividad delictiva. ¿Sabías eso?

—¿El qué?

—Pues que tarde o temprano algo sale mal, algo se complica. Siempre. Incluso en actividades lícitas. Ahí tienes, por ejemplo, los aplazamientos que la NASA tiene que realizar a veces sobre sus lanzamientos. Y son científicos de primera fila. Lanzan mil satélites a la hora prevista, todo *okay*. Y de pronto, algo pasa en uno de los lanzamientos, y han de aplazarlo. Si en la NASA ocurren contratiempos, ¿cómo no han de ocurrirles a gente delincuente? Aunque me pregunto: ¿qué clase de delincuentes son, qué es lo que están tramando, qué buscan?

—Dios mío, Frankie… ¡piensas demasiado deprisa para mí! No se me ocurre nada que contestarte.

—Pues a mí se me ocurre algo que hacer. Vamos a ir los dos juntos, como dos enamorados, de gimnasio en gimnasio, haciendo una serie de preguntas que antes prepararé muy cuidadosamente. Porque esta vez, Virginia, no quiero que nadie se asuste.

—Debe haber cientos de gimnasios en Nueva York.

—¡Qué vas a contarme a mí, que los conozco todos! Claro que si prefieres no acompañarme, lo entenderé.

—Prefiero ir contigo.

—Me parece que no te vas a divertir.

Hacia las doce de la noche, Frank Minello y Virginia Dempsy entraban en el apartamento de ella. Frank estaba de un humor más bien sombrío, pero Virginia, pese a todas las circunstancias, todavía reía por lo bajo recordando la gran cantidad de anécdotas acaecidas durante el recorrido. Todo el mundo de las doce cuerdas conocía a Minello, y le respetaban hasta un punto que sorprendió a la muchacha. En varias ocasiones, los billetes pasaban del bolsillo de Frank a los de algún boxeador veterano que ni siquiera había tenido que pedir nada. Tuvieron que beber cerveza y comer bocadillos de salchichas picantes, beber whisky, escuchar rollos de viejos tiempos, «gloriosos» combates ya sepultados en el olvido salvo en la mente

del «héroe» de aquel tiempo. Uno de los veteranos se emborrachó apenas hubo ingerido una cerveza, y se puso a hacer una exhibición en el bar de turno, lanzando sus puños en todas direcciones, hasta que Minello consiguió sacarlo de allí y llevarlo a su apartamento… un casi hediondo lugar lleno de fotografías polvorientas, guantes resecos, pequeños trofeos y montones de latas de cerveza vacías.

—Maldita sea, maldita sea y maldita sea —había dicho Frank cuando salieron de allá tras dejar dormido al veterano en un mugriento catre.

Ninguna pista en parte alguna. De los dieciséis boxeadores desaparecidos en todo el país, cinco contando a Dany eran de Nueva York, pero en sus respectivos gimnasios no sabían nada de chicas. Sí, era posible que hubieran tenido algún pequeño lío, claro, pero nadie de los presentes recordaba nada. Por supuesto, en todos los sitios obtuvo Frank la promesa de que le avisarían si alguien sabía o recordaba algo.

En los demás gimnasios que habían visitado aquella noche las posibilidades de obtener alguna pista todavía eran más remotas, pero Minello no parecía capaz de desanimarse por nada. Lo único que le impresionaba era encontrar viejos boxeadores limpiando letrinas de gimnasios o mirando con vacías miradas como de cristal los entrenamientos de los jóvenes. Por fortuna también había veteranos que habían sabido aceptar la realidad, y tras retirarse a tiempo vivían ahora dignamente como entrenadores o managers, y hasta alguno tenía un gimnasio de propiedad. Había de todo. De todo.

—Bien —dijo Frank, cuando entraron en el saloncito del apartamento—, no parece que la noche haya sido muy provechosa.

—Para algunos, sí —dijo Virginia, mirándole dulcemente—. Te vas a arruinar si sigues repartiendo dinero de ese modo, Frankie.

—Claro que no. Tengo cuatro o cinco millones de dólares en el banco.

—¡Vamos, no digas tonterías! —rio Virginia.

—Que sí, mujer. Es dinero que me ha regalado una persona que estimo muchísimo… Muchísimo.

—Bueno, espero que no sea una mujer.

—Pues es una mujer —sonrió Minello.

—¡No digas esas cosas!

—¿Preferirías que me lo hubiera regalado un hombre?

—Preferiría que lo hubieras ganado.

—Ah, es que lo gané. Me jugué la vida.

—Me alegro que tu humor haya mejorado.

—¿Y cómo está el tuyo?

—Temo por Dany, pero has sabido convencerme de que no debo preocuparme demasiado.

—Así me gusta. Esté donde esté, está bien, te lo garantizo. Quiero decir que no le ha ocurrido nada malo, ni tienen proyectos en ese sentido sobre él. Bien, puesto que estás más tranquila, y ambos estamos cansados, será mejor que me vaya a mi apartamento...

—Yo no estoy cansada —murmuró Virginia, mirándole fijamente —. Y no veo por qué has de marcharte. No tiene sentido. Además, si hubiera alguna noticia y me llamaran, pues... ¡ya estarías aquí!

—Quizá no debería estar aquí.

Virginia se acercó a él, y se colgó de su cuello.

—Pues yo digo que sí —susurró, y le besó en los labios.

Frankie se quedó.

* * *

«Mañana estaré mejor —pensaba Dany—. Sí, mañana estaré mucho mejor. Me han atendido muy bien, me han dado masajes, he comido adecuadamente, he descansado todo el día... Mañana estaré bien».

Se durmió convencido de ello.

Y tuvo razón.

Por la mañana, tras los primeros minutos de anquilosamiento y cierto dolor, todo comenzó a funcionar en su joven cuerpo de atleta bien entrenado. Consiguió correr, aunque sin los sacos de arena de diez, quince y hasta veinte kilos con que fueron cargados los hombros de algunos boxeadores del grupo. En el frío amanecer neblinoso, entre vaharadas de vapor caliente y miles de árboles, dieciséis muchachos entre los dieciocho y los veintitrés años estuvieron corriendo, aquella mañana una sola hora. Músculos y corazones de acero funcionaban a la perfección. Como poderosas y hermosas máquinas, dieciséis hombres corrían, apenas jadeando,

fija la mirada, resuelto el gesto. Incluso, de cuando en cuando, una broma y una risa quedaba flotando en la quieta mañana de niebla y frío. No se oía a los perros. De cuando en cuando, Dany Dempsy veía un destello de admiración en los ojos de los tipos que iban en bicicletas marcando y vigilando la ruta.

Hacia las diez, el desayuno, abundante, sano, perfecto. Denis Jackson comía como un león, era pavoroso verlo engullir los enormes bistecs. Su gigantesco cuerpo de ébano parecía una trituradora. Dany pensó en cómo le iría si se enfrentase a Jackson, y se estremeció. Lo mataría a golpes. Pesaba cuarenta y cinco kilos más que él, y le llevaba más de un palmo de estatura. Era el gigante del grupo, el más fuerte. El más lento corriendo, pero todos sabían quién vencería allí en combates singulares. Haría falta estar loco de remate para subir al ring con Denis Jackson.

Y lo mismo con los demás. En las duchas, Dany, cuya musculatura era fina, plana, elástica, veía brazos que parecían como labrados en acero, musculaturas impresionantes, estómagos que parecían capaces de detener una bala de cañón.

En el ring, casi nunca había combates de uno contra uno. Por lo menos dos boxeadores se enfrentaban siempre a uno solo. A veces, tres. A veces, cuatro. Y a Jackson, aquella mañana, le pusieron cinco, uno de los cuales fue el propio Dany, que a los veinte segundos de combate recibió un directo en la mandíbula... y despertó cuando ya solo quedaban dos muchachos frente a Jackson, momento en que el jefe de entrenadores, Delaney, detuvo la pelea y envió a los que habían tomado parte en ella a las duchas. Estos combates se realizaban de las doce a la una de la mañana. Luego, el almuerzo, y tras este una siesta larga, sin que se oyera en parte alguna el menor ruido.

Era como estar en una parte desconocida del mundo, en un lugar extraño, como de otro planeta incluso.

Por la tarde, después de la siesta, corrían dos o tres kilómetros, para despertar completamente la musculatura, haciendo sombra, saltando a la cuerda, haciendo flexiones, saltando con los dos pies juntos, haciendo quiebros de cintura, amagos, esquivas... Luego, combates de tres asaltos de cinco minutos, ahora sí, uno contra uno, y dirigidos desde los rincones. En realidad, se dijo Dany, era como estar a las órdenes de Lamont Orwells, con la diferencia de que el

tiempo de entrenamiento era mucho más largo, prácticamente todo el día, menos la siesta.

Y así, de pronto, Dany Dempsy comprendió, finalmente, lo que estaban haciendo con ellos. Los estaban sometiendo a un entrenamiento de tal calidad e intensidad que solamente podrían soportarlo los superdotados físicamente. Pero había algo más. La actitud de cada uno de sus compañeros al subir al ring, ya fuese para combate singular o múltiple, era siempre la misma: fría, serena, casi altiva. No tenían miedo a nada. Y menos que a nada, a los golpes que pudieran llegarles. Era como si, además de preparar sus músculos para cualquier contingencia, estuvieran preparando sus mentes para rechazar desde el primer momento la posibilidad de que alguien podía tumbarlos, y mucho menos, vencerlos.

Por eso, cuando se acostó aquella noche, pese al cansancio y al dolor destelló un pensamiento en la mente de Dany Dempsy.

«Seré como ellos, seré el mejor, seré campeón... Solo la muerte podrá impedírmelo».

A la mañana siguiente, Dany Dempsy fue cargado con un saco de arena de diez kilos sobre los hombros. Hacía frío, siempre un frío intenso, y quieto, como batido con la niebla.

Pero Dany Dempsy apretó los labios, aspiró hondo por la nariz, y echó a correr junto a sus compañeros de gloria o muerte. Lo mismo le daba correr una hora, que dos, que cien.

Sería campeón del mundo.

Del mundo entero.

CAPÍTULO VI

John Glower, del Glower Boxing, movió la cabeza.

—Mira, Frankie, si yo supiera algo de todo eso ya se lo habría dicho a la policía. Ninguno de esos chicos desaparecidos era mío, por eso no importa, lo habría dicho todo. Y te diré por qué. A mí me huele muy mal todo eso, ¿sabes?

—¿Qué quieres decir?

—Hombre, ya me explicarás... ¿Para qué puede querer alguien a esos muchachos?

—Para boxear, supongo —murmuró Minello—. Es lo que saben hacer.

—Sí, ¿eh? Mira, cuando a mí me interesa un muchacho me voy para él y se lo digo. Oye, Fulano, soy Glower, ¿te interesa entrenar conmigo? Es como se hacen estas cosas, ¿no? Si tienes un buen pegador, lo contratas, y lo luces por ahí. ¿Tú sabes de alguno de los desaparecidos que estén luchando en alguna parte?

—No... No.

—Pues ahí tienes. Si no los sacan al ring, ¿para qué los quieren? ¿Para tenerlos en conserva? Te digo que todo esto me huele muy mal. Ni siquiera han pedido dinero por ellos, no se sabe nada de nada. Y dime, ¿de qué sirve un boxeador, por bueno que sea, si no lo subes a un ring?

—Está bien, John. Ya veo que no puedes ayudarme.

—Te voy a ayudar —susurró Glower—, pero no como tú esperas. Déjalo correr, Frankie, créeme. Deja que la policía se encargue de esto. Tiene que ser algo que un hombre solo no podrá atender, no sé si me entiendes. Métete esto en la cabezota. Esos chicos están muertos.

—Eres una maldita bestia —dijo secamente Frank.

Tomó de un brazo a Virginia, que había palidecido, y se dirigió a la puerta del Glower Boxing. Cuando estuvieron en la calle, Virginia se detuvo, y dijo:

—Tal vez ese hombre tenga razón... ¡Oh, Dios mío!

—No tiene razón. Es un cretino, maldito sea. Vamos a seguir preguntando, Virginia. Tarde o temprano encontraremos…

—¡Eh, Frankie! ¡Hola, muchacho!

La hosca mirada de Minello se desvió, y se posó sobre el viejo Terry *Box* Muskie, que se acercaba sonriendo, graciosa su ahora rechoncha figura, patético su rostro machacado por miles de impactos.

—¿Qué hay, Terry? —masculló—. ¿Cómo te va?

—Psé, como siempre. Oye, ella es la hermana de Dany Dempsy, ¿verdad?

—Sí… Sí, sí. Virginia, este es Terry Muskie, una de las viejas glorias.

—Habrás querido decir una de las viejas momias —rio el apaleado veterano—. ¿Qué tal, jovencita?

—Bien, gracias.

—¿Dónde está tu cesta de chucherías, Terry? —preguntó Minello.

—Hombre, no todo va a ser trabajo en la vida, digo yo… Frankie, ¿tienes un momento? ¿Me invitas a un trago?

—Estoy muy ocupado, Terry, de veras. Pero te daré…

—No, déjalo, déjalo, es igual. Adiós.

La retirada de Terry Muskie fue tan precipitada, tan veloz, que fue algo visto y no visto. Frank y Virginia quedaron desconcertados en medio de la acera, viendo alejarse a Muskie a toda prisa.

—¡Qué hombre tan raro! —exclamé Virginia, atónita.

Frank frunció el ceño, y, lentamente, se volvió, para observar la misma perspectiva que había tenido Muskie mientras hablaba con él. Todavía alcanzó a ver al hombre que entraba rápidamente en un coche. El coche partió… mientras Frank se fijaba en él. Alcanzo a divisar dentro las siluetas de tres hombres, pero además, de pronto, se dio cuenta de que aquel coche lo había visto antes por lo menos dos veces. No recordaba cuándo ni dónde, pero sabía que lo había visto antes. ¿Quizá por el retrovisor, quizá junto al suyo en alguna parada ante un semáforo, quizá al salir de uno de los gimnasios que había visitado aquella tarde antes del Glower…?

Agarró a Virginia de una mano, y tiró de ella hacia su coche, partiendo velozmente en pos del otro. Lanzó una maldición cuando lo vio pasar un semáforo en rojo, cosa que él no pudo hacer, porque

no solo otro coche quedó ante el suyo, sino porque aparecieron los de la calle transversal.

—Pero… ¿qué pasa? —exclamó Virginia.

—He visto a un tipo que o mucho me equivoco o ha asustado a Terry… ¡Y maldita sea, se nos va a escapar!

Un minuto más tarde, el hecho era indudable e irreversible: el otro automóvil había escapado, Había sido engullido por el tráfico.

—Recuerdo a Terry —dijo Virginia—. Estaba en el Box Stadium la noche que peleó Dany. Estabas con él, le compraste avellanas…

Frank no contestó. Conducía ceñudamente, como rabioso. ¿Qué había visto Terry Muskie? ¿Por qué aquella retirada tan precipitada? La única conclusión que se le ocurría era que se había asustado, y, al parecer, solo podía ser debido al tipo que se había metido en aquel coche… que también se había dado a la fuga.

—Tengo que encontrar a Terry —dijo.

—¿Sabes dónde vive?

—Ese no es el problema. El problema está en que o mucho me equivoco o Terry va a tardar siglos en aparecer por su cuchitril. Se va a esconder como una rata en las alcantarillas. Y si Terry se esconde en Nueva York no lo encuentra nadie.

—Quizá pase antes por su apartamento para recoger algunas cosas. ¿Por qué no buscas un teléfono y lo vas llamando sin parar un buen rato? A lo mejor te contesta.

—Zambomba —sonrió de pronto Minello—. ¡De modo que también tienes buenas ideas!

—Te estás burlando de mí —protestó Virginia.

—Claro que no. Cuando nos detengamos ante el próximo semáforo pasa al volante, y sigue circulando. Ve dando vueltas hasta que yo termine y te espere en el mismo sitio donde me apearé. ¿Está entendido?

—Claro.

Unos segundos más tarde Frank se apeaba del coche, y Virginia ocupó su lugar ante el volante. En menos de un minuto Minello encontró una cabina, en la que se metió. Y solo entonces recordó que no tenía ni idea del número que tenía Terry Muskie. Se quedó pensativo, con las monedas en la mano. Luego marcó un número que sí conocía.

—¿…?

—Oye, Gus, soy Minello. ¿Tienes el número de Terry?

—¿...?

—¿Cuál Terry va a ser? ¡Terry Muskie!

—...

—Ah, estupendo, sí, pregúntale al viejo sonado ese. ¡Date prisa!

—¿...?

—¡Pero qué demonios te importa ahora lo que ocurre! ¡Quiero ese número, y lo quiero inmediatamente!

—¡...!

—¡Ni genio ni leches, maldito seas! ¡El número!

Medio minuto más tarde, Frankie tenía el número de Terry Muskie. Lo marcó, esperó que sonase durante todo un minuto, y colgó. Quince segundos más tarde, volvió a llamar, dejó sonar el aparato de Muskie otro minuto, y colgó de nuevo. Otros quince segundos después repitió la operación... y así durante más de media hora, hasta que, por fin, la llamada fue, atendida.

—¿Terry? —gritó Minello.

—¿...?

—¡Claro que soy yo! Oye, ¿qué demonios te ha ocurrido? Estabas pidiéndome que te convidara a un trago y de pronto... ¿Qué?

—...

—Sí, entiendo, tienes que marcharte. Lo comprendo, Terry; sé que algo está pasando que te ha asustado. Sabes alguna cosa sobre esos dieciséis chicos, ¿no es cierto?

—...

—De acuerdo, de acuerdo, sé que no debo entretenerte ahí. Recoge lo que sea y lárgate. Pero escucha, Terry, tienes que llamarme esta noche a mi apartamento. ¿De acuerdo?

—¿...?

—Sí, la oferta sigue en pie. Podré conseguirte una buena cantidad para que te largues una larga temporada de Nueva York. Eso no es problema, te lo garantizo... ¿Terry? ¿Estás ahí?

—¡...!

—¿La revista *Sporting*? Sí, claro que la conozco. ¿Qué es lo que hay en ella? Terry, dime lo que...

Clic, sonó el auricular de Terry Muskie al ser colgado. Frank miró el suyo como si pudiera encontrar allí la explicación. Masculló

un ¡maldita sea!, colgó, y desistiendo de sus deseos de volver a llamar salió de la cabina y se encaminó rápidamente hacia donde debía recogerlo Virginia. Esta apareció con el coche unos tres minutos más tarde, y Frank se sentó a su lado.

—Vamos al West End —dijo—. ¡Deprisa!

—¿Qué ocurre? ¿No has podido hablar con Terry?

—Sí, pero quiero ir allá. ¡Tengo un mal presentimiento!

Para desespero de Frank, tardaron más de veinte minutos en llegar, lo que, por otra parte, era todo un récord que colocaba a Virginia en la categoría de conductores expertos que, además, conocían la ciudad.

Por indicación de Frank, ella frenó antes de llegar al callejón donde Terry Muskie tenía su apartamento.

—Espérame aquí. No tengo la menor esperanza de encontrar a Terry, pero si fuese así, nosotros mismos lo llevaríamos a alguna parte.

Salió del coche, caminó hasta la esquina, y giró hacia el callejón. No recordaba el número del edificio donde vivía Terry, pero conocía el edificio, de tres pisos, viejo, sucio y oscuro. No vio a nadie en el callejón, ni en la casa cuando entró. Subió al primer piso y se detuvo ante la puerta del apartamento de Terry. Iba a llamar cuando se dio cuenta de que la puerta no estaba cerrada.

Frank Minello sintió como un vacío en el estómago, consecuencia de la repetición de aquel presentimiento. Empujó lentamente la puerta, metió la mano, y buscó el interruptor de la luz, cuya situación conocía, aunque hacía bastante tiempo que no visitaba a Terry.

Lo vio enseguida.

Estaba tendido en el suelo, boca abajo, casi en el centro de la pieza que era a la vez recibidor salita y comedor. En cierto modo le recordó la escena de Stefanie Allister, aunque con decorado bastante diferente, pues la desarrollada Stefanie había vivido bastante bien, y en cambio, el apartamento de Terry era una pequeña ratonera.

Se acercó a Terry, puso una rodilla en tierra, y se quedó mirándolo, sin tocarlo. Con las yemas de dos dedos buscó el pulso en un lado del cuello, pero solo tocar la piel de Terry comprendió que estaba muerto. Pálido, Minello estuvo unos segundos

contemplando al viejo amigo y colega, que años atrás incluso le había dado algunos consejos sobre boxeo. Sentía pena, y, al mismo tiempo, una cólera fría y profunda.

¿Qué mierda de vida le había tocado vivir a Terry Muskie? De sus cincuenta y tantos años, se había pasado más de treinta recibiendo mamporros en el ring, hasta los cuarenta y tantos, como un saco nacido para ser golpeado. Y después de eso, había tenido que dedicarse a vender avellanas, para terminar asesinado. Sórdidamente asesinado en una sucia ratonera.

Sabía que no debía tocar el cuerpo de Terry, pero lo hizo. Le dio la vuelta. No vio herida alguna en su pecho, ni en parte alguna del cuerpo. Pero sí vio, en el rostro de Terry Box Muskie, la expresión de angustia e infinito dolor, los ojos saltones, la boca entreabierta en un gesto agónico.

¿Cómo lo habían matado? ¿O quizá Terry no había sido asesinado por aquellos tres sujetos del coche fugitivo, sino que había fallecido tal vez de un colapso…? Frankie frunció el ceño. ¿Un colapso Terry? Siempre había sido fuerte como un elefante. Pequeño, pero duro y fuerte como el más gigantesco elefante.

Frank abrió la camisa, y miró el pecho cubierto de blanco vello escaso. Tan escaso que le permitió ver sin dificultad alguna el tremendo hematoma en la carne, sobre la zona del corazón. Un hematoma en forma de puño.

Habían matado a Terry Box Muskie de un puñetazo al corazón. Un puñetazo que debió ser bestial, un puñetazo que solo podía propinarlo un profesional, un boxeador.

Frankie cerró los párpados de Terry, susurrando:

—Bueno, viejo amigo, al menos has muerto en pelea, y no en la cama, comido por la miseria.

Se incorporó. Vio el teléfono, y pensó en llamar a Harry Barnes. No a la policía simplemente, sino a Barnes, al que le unía una buena amistad. Pero ya había tocado el cadáver, y le pareció que no debía tocar nada más. De todos modos, Harry se enfadaría con él. ¡Al demonio con Harry!

Salió del apartamento, y bajó a la calle. Llamaría desde cualquier teléfono que…

Apenas poner los pies en la calle se encontró como metido dentro de una caja formada por paredes humanas. Confusamente,

presintió más que vio las siluetas de tres hombres, uno enfrente y uno a cada lado. Al mismo tiempo, oyó a su derecha el jadeo, y recibió el primer impacto en el hígado.

Con aquel primer impacto certero, lógicamente Frank Minello debió, cuando menos, hincar una rodilla en tierra. Eso, como mínimo, porque el golpe fue terrible. Sin embargo, al mismo tiempo que lo recibía, la imagen de Terry Muskie con los ojos desorbitados por la muerte debida a un puñetazo, pasó por la mente de Frankie Minello.

Y su reacción le sorprendió a él mismo.

Giró el torso hacia la derecha, vio al hombre que acababa de golpearle, y, todavía medio inclinado por el dolor que parecía atravesarle todo el cuerpo, disparó su puño izquierdo.

Todo crujió. Su mano, su codo, los dientes del sujeto...

Este salió disparado hacia el ángulo de entrada al edificio, lanzando un chorro de sangre que incluso llegó al rostro de Minello, que no dispuso de tiempo para disfrutar de la satisfacción de haber roto una cara.

Casi al mismo tiempo que le salpicaba la sangre del sujeto, recibió en directo sobre la oreja izquierda y un corto al estómago que pareció arrancarle el alma del cuerpo. Sus ojos se desorbitaron, y, ahora sí, cayó de rodillas, sintiendo al mismo tiempo frío y unas náuseas horribles por entre los zumbidos de sus oídos.

Y por entre los zumbidos, oyó el jadeo furioso, las palabras mordidas con sangre:

—¡Dejádmelo a mí! ¡Quiero matarlo yo!

Vagamente, como si todo formase parte de recuerdos lejanos, comprendió que el hombre de la cara rota se iba a dedicar a él. En condiciones normales, y después de más de diez años sin boxear formalmente, Frankie debió terminar allí sus días. Pero, aunque no subía a pegarse de veras a un ring hacía muchos años, sí se entrenaba con regularidad en diversos gimnasios de los amigos a los que iba visitando por rotación.

Y, ciertamente, no era un anciano como Terry Muskie.

Tal vez por eso, y sobre todo porque una vez más recordó como entre brumas a Muskie, recibió el directo en el estómago como si fuese una caricia. Delante de él oyó la exclamación de sorpresa del sujeto que le había golpeado mientras los otros dos le sujetaban los

brazos.

Y por la exclamación, casi nublados los ojos, situó al tipo de la cara rota.

Entonces alzó la pierna derecha, y hundió el pie justo en los testículos del hombre, que lanzó un berrido y cayó de rodillas ante él.

Mientras esto sucedía, Frankie hizo algo que, si bien forma parte de los más viejos y vulgares trucos del boxeo, de nuevo sorprendió a sus oponentes. Con la frente, tras girar la cabeza hacia el hombre que le sujetaba el brazo derecho, le lanzó un golpe lleno de rabia. El impacto fue duro para Minello, pero el otro lanzó un grito, le soltó, y retrocedió, llevándose las manos a su ceja izquierda, abierta como si fuese un simple bollo.

Y ya libre su brazo derecho, Minello disparó el puño hacia el sujeto que estaba a su izquierda.

Bueno, no todo puede salir bien en una pelea.

El otro, simplemente, ya se había adelantado a Frankie, y, como estaba demasiado cerca de él y en mala posición para golpearle con eficacia con los puños, utilizó la rodilla izquierda. Lo que hizo fue girar para colocarse delante de Frankie, y, al mismo tiempo, flexionaba la pierna. La rodilla golpeó en la zona genital de Minello, que lanzó un berrido, saltó, y cayó al suelo, donde quedó paralizado por el dolor.

Junto a él oyó ruido de pies, jadeos, maldiciones Lo oía todo como de lejos, pero no podía moverse. El dolor era tan espantoso que por un momento pensó en la muerte como un alivio maravilloso.

Cuando lo pusieron en pie tuvo la sensación de que su cuerpo se iba a partir en dos.

—Le voy... a reventar los ojos... a puñetazos —oyó—. ¡Le voy a convertir en una piltrafa, y luego lo dejaremos vivo!

Por instinto, ladeó la cabeza, y el golpe que debía haberle acertado en un ojo pasó rozando su oreja; fue como si junto a esta rugiera el calor de un volcán cuando el puño la rozó. El siguiente golpe le alcanzó en un lado del cuello, y, simplemente, Frank Minello perdió el conocimiento y quedó colgando de los brazos de los dos hombres que tenía a los costados.

Así que ya no se enteró de nada más.

No se enteró de que un coche lanzó de pronto sus luces largas hacia el fondo del callejón, iluminando de lleno la escena, ni de que el claxon de aquel coche comenzó a sonar como si el conductor hubiera enloquecido.

No oyó las exclamaciones de sobresalto de los tres hombres, ni supo que le soltaron y que cayó de bruces al suelo, como un saco, partiéndose los labios y parando finalmente el golpe con su veterana nariz de goma.

Los tres hombres corrían hacia la salida del callejón, en algunas ventanas apareció luz, se oyeron voces, gritos… Los tres hombres pasaron corriendo junto al coche, y los tres vieron que quien estaba al volante era una mujer. Los tres la reconocieron, y el de la boca rota lanzó una maldición, se detuvo, asió la manilla de la portezuela, y dio un tirón. Aulló de rabia al encontrarla cerrada, y miró a través del cristal el demudado rostro de Virginia Dempsy, que seguía tocando el claxon.

—¡Puta de mierda! —vociferó el sujeto.

Y su puño derecho cayó sobre el cristal de la ventanilla en un golpe lleno de rabia. El cristal resistió, pero todo el coche crujió, se bamboleó, y dentro de este, aterrorizada, Virginia lanzó un grito al ver aquel enorme puño aplastándose contra el cristal.

Luego, los tres hombres continuaron corriendo, y Virginia Dempsy, presa del más puro pánico, continuó tocando el claxon.

CAPÍTULO VII

El timbre sonó, y simplemente Dany Dempsy saltó de su lecho y salió al pasillo. Fue el primero esta vez. Casi enseguida apareció el gigantesco Jackson, que le sonrió afectuosamente.

—Buenos días, chiquitín. ¿Has dormido bien.

—Muy bien —sonrió Dany—. ¿Y tú, bestia negra?

—De cojones. Y conviene estar descansado, porque hoy, después de correr tenemos revisión médica. O lo que sea.

—¿Revisión médica? ¿A qué te refieres? Bueno, sé lo que es una revisión médica, pero como has dicho eso de «lo que sea».

—Ya verás. Es divertido. Solo que si te encuentran en mal estado no sé por qué me ronda por la cabeza que te echarán a los perros. ¿Verdad, Floyd?

—Verdad —dijo Floyd, que había aparecido al mismo tiempo que varios más—. Pero no deberías decide esas cosas a tu protegido.

—Oye, tú —se mosqueó Dany—, ¡yo no soy protegido de nadie!

—¿Qué pasa? —rio Floyd—. ¿Quieres pelear conmigo... chiquitín?

—¡Te voy a partir la cara, mamón!

—Sí, ¿eh? —Floyd hizo una finta, amagó un golpe y saltó hacia atrás, ágil como un gato—. Vamos a ver eso, chiquitín... ¡Anda, ven a pegarle a papá!

—No seáis imbéciles —intervino—. Ya nos zurramos suficientemente durante el día, me parece a mí. ¡Me cago en la puta, llevo más de un mes pegando y recibiendo como un loco! Si mi entrenador me hubiera sometido a este entrenamiento lo habría matado. Venga, vamos a los aseos.

—Te diré una cosa, Floyd —deslizó melosamente Jackson—. Si vuelves a meterte con Dany yo te romperé la cabeza.

—Ahora escucha tú otra, basura negra —dijo Floyd, veinte kilos y quince centímetros por debajo de Jackson—. Yo no le tengo miedo ni al mismísimo demonio, de modo que si quieres pelear conmigo estoy a tu disposición... ¿Quieres que nos «perdamos» los

dos solos por el bosque esta mañana?

—Si Delaney se entera de esto —intervino Carpenter—, os cortará la cabeza a los dos. Dejaos de idioteces.

La cosa no llegó a más. Pero poco después, cuando corrían por el bosque, Dany Dempsy pensaba en el incidente. Seguramente la sangre no habría llegado al río, de todos modos, pero había una cosa que había quedado clara: ni Floyd temía a Jackson, ni temía a nadie, y, además, estaba cargado de agresividad. Y analizando esto, Dany Dempsy llegó a la conclusión de que, en definitiva, todos ellos, los dieciséis, unos más que otros, se estaban convirtiendo en simples fieras capaces de derribar un muro a puñetazos.

Y no supo decidir si esto era bueno o malo.

Aquella mañana, Dany conoció a King.

* * *

—¡Pero estás loco! —protestó Virginia—. ¡No debes levantarte, Frank!

Minello no le hizo el menor caso. Salió de la cama y se metió en el cuarto de baño de la habitación de la clínica a la que le habían llevado. Se miró al espejo, dijo:

—¡Zambomba!

Virginia entró en el cuarto de baño, y le tomó de un brazo.

—Frank, por favor, vuelve a la cama. El médico...

—Pero... ¿te has fijado en mi cara? —aulló Frankie.

—Por eso mismo. No puedes ir por la calle así.

Frank continuaba mirándose al espejo. Además de llevar un absurdo camisón blanco de la clínica, había otra cosa absurda allí: su propia cara. Tenía los labios partidos, una oreja roja como un tomate, un tremendo hematoma en la barbilla, otro en la base del cuello... Y le dolía todo el cuerpo. Su memoria regresó bruscamente a la noche anterior. Aquellos tres hombres eran boxeadores. Del montón, sin clase, de los que en lugar de estar en un gimnasio deberían estar en la cárcel... pero eran boxeadores y sabían pagar. ¡Malditos, si sabían pegar!

—Bueno —dijo—, yo también les zurré.

—¿Qué?

—Y si solo hubiera habido uno, me lo como vivo. Al menos esto

ha servido para confirmar una vez más mi buena forma física. Y que no soy demasiado «paquete».

—Frank, vuelve a la cama, por favor.

—De acuerdo. Volveré a la cama si vas a comprarme la revista *Sporting* de este mes.

—¿No será un truco para escaparte sin tener que discutir conmigo?

—Que no, mujer. Palabra de honor.

Frank Minello era un hombre de honor. No se escapó. Cuando Virginia regresó con la revista seguía en la cama, como un buen muchacho.

Hacia las diez de la mañana había leído, en sustancia y de cabo a rabo, la revista *Sporting*, sin encontrar nada que justificara lo que Terry Muskie le había dicho por teléfono respecto a que buscara en ella. Buscar… ¿qué? La repasó una y otra vez, sin ver nada especial.

Y en esto estaba cuando apareció el teniente de Homicidios Harry Barnes, que entró sin protocolo alguno, se sentó en el borde de la cama, y dijo:

—Pues sí, el forense lo ha confirmado. Murió del puñetazo al corazón. ¿Cómo estás tú?

—Ya ves. Como para participar en un concurso de belleza. Oye, Harry, ¿qué hay contra mí? Como toqué a Terry…

—Bueno, no hay que exagerar, hombre. Virginia nos dio anoche todas las explicaciones que hizo falta, y estamos buscando a esos tres tipos. Quizá no sea difícil encontrarlos, si uno de ellos tiene la boca hecha papilla. Además, esto no es un asesinato a lo novela policíaca, sino un asesinato brutal. Te aseguro que la posición exacta del cadáver no sería la clave del misterio.

—Entonces, ¿puedo marcharme?

—¿De aquí, de la clínica? Si tus piernas te aguantan… Pero en cuanto puedas caminar tendrás que darte una vuelta por mis dominios. Quiero que veas un montón de fotografías.

—¡Oh, no! ¿Como en las películas, ir mirando caras de tíos feos hasta encontrar al malo?

—Bueno, Frankie, cada cual tiene sus técnicas, ¿no? Hombre, la revista *Sporting*. Claro, es lógico que tú también la compres, aunque seas de la competencia.

—¿Qué quieres decir? —se desconcertó Minello.

—Que Terry Muskie también la leía. Había un ejemplar como este en su cuchitril.

—Ah.

—Bueno, Frankie, espero que salgas pronto de aquí: avísame, y lo tendré todo preparado. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Harry. Y gracias.

Barnes se puso en pie. De pronto, sonrió ceñudamente.

—¿Sabes qué me ha dicho el médico?

—¿Qué? —alzó las cejas Minello.

—Que estás hecho un coloso. Un hombre corriente, por ejemplo yo mismo, la habría palmado con cualquiera de uno de estos tres golpes: el de la base del cuello, el del hígado o el de los testículos. Y ahí estás tú, inflado como un globo, pero leyendo revistas… ¡Coño, no hay derecho!

—Haber sido boxeador, en lugar de poli —sonrió Frank.

Barnes movió la cabeza, se despidió de Virginia y abandonó la habitación. Apenas se hubo cerrado la puerta, Frank dijo:

—Mis ropas. Ya. ¡Y no me discutas! ¡Aquí soy yo quien manda!

* * *

El Rey medía dos metros de estatura, era un atleta absolutamente fuera de serie y le faltaba el brazo izquierdo desde un poco más arriba del codo. Llevaba un batín de ring de color azul delicadísimo, y zapatillas de combate de primerísima calidad. Olía a loción, estaba recién afeitado y llevaba peluca postiza.

Con todo, lo que más impresionó a Dany Dempsy fue el rostro de King. Un rostro grande, de ojos pequeños y vivos, inteligentes, boca grande, grandes orejas retorcidas, y una nariz que, de verdad, parecía talmente una patata.

Estaba tan absolutamente impresionado que tardó no menos de quince segundos en reconocerlo, en identificarlo. Y entonces se quedó pasmado. Salvo que él estuviera viendo visiones, o sus recuerdos de la más tierna infancia le estuvieran fallando, aquel gigante manco y con peluca era nada más y nada menos que Oscar *King* Carson, el único hombre blanco que años atrás habría podido acceder a la categoría de campeón mundial de los grandes pesos, derrotando al ya desfondado Cassius Clay y compañía… si no

hubiera sido por el accidente.

El accidente.

Esto lo recordaba más Dany por haberlo oído cientos de veces que por sus propios recuerdos. Oscar *King* Carson, en pleno vuelo hacia el estrellato mundial, se había estrellado con su coche deportivo. Consecuencias: pérdida de un brazo, quemaduras en la cabeza y en todo el cuerpo, y, por supuesto, el adiós a todas sus ilusiones de conseguir el cetro mundial. Por bueno que fuese no podría vencer a ningún boxeador de su categoría con un solo brazo.

Así que, un buen día, es decir, un mal día, apareció en los periódicos la noticia de que Oscar *King* Carson había desaparecido, y que sus más allegados aseguraban que el frustrado futuro campeón del mundo se había suicidado. Y así lo creía todo el mundo en la actualidad, aunque el cadáver de Carson jamás fue hallado.

Muy lógico, puesto que estaba allí, ante sus ojos, como una torre humana con peluca. Y, en aquel momento, precisamente, Oscar *King* Carson lo miraba a él.

—¿Cómo estás, Dany? —retumbó su voz.

El muchacho asintió con la cabeza. No podía hablar. ¿Se estaba equivocando?

—No te esperabas esto, ¿verdad? —susurró Jackson junto a él.

—¿Qué estás diciendo, Jackson?

—Nada importante, King. Le decía a Dany que sin duda se ha llevado una buena sorpresa.

—Tal vez ni siquiera sepa quién soy —dijo King—. ¿O sí lo sabes, Dany?

—Bueno, señor, creo... creo... que usted es *King* Carson.

—Así es. Bueno, subamos al ring.

Dany miró a derecha e izquierda. Luego de nuevo a King.

—¿Quiénes, señor?

—Tú y yo. ¡Delaney, cálzale los guantes al chico! Quiero probarlo personalmente, como a los demás. Y deja de mirarme así, Dany. No me gusta. Otra cosa. Si advierto en ti cualquier clase de consideración o conmiseración hacia mí, te haré pedazos. No quiero corazones tiernos en mi reino. ¡Sube al ring!

—Sí, señor... ¡Sí, señor!

—Y no me llames «señor». Soy *King* Carson.

—Sí, señ... King.

—¡Sube de una maldita vez!

Dany subió ágilmente a uno de los cuadriláteros. Delaney le puso los guantes, y le dio una palmada en el trasero.

—Sal como si quisieras matarlo —susurró—, o él te matará a ti a golpes. No te engañes, Dany, puede hacerlo.

—Pero si es manco.

—Ten cuidado con él.

Dany asintió, y se volvió hacia el centro del ring. Casi no pudo contener un grito de espanto al ver la cabeza y el cuerpo de King Carson, que se había quitado la peluca, las quemaduras, que habían respetado el rostro, se habían cebado en el cuerpo y en la cabeza de Oscar Carson, en la cual no quedaba ni un solo cabello. Todo él parecía de goma roja y mojada. Las piernas de Dany no le obedecían.

A King le habían colocado el guante, y el gigante caminó hacia el centro del ring.

—Dejadnos solos —ordenó—. Vamos, Dany, ¡quiero que me des una buena paliza!

Dany consiguió por fin despegar las zapatillas de la lona, y acudió al encuentro de su adversario manco. Era más alto que Jackson, más fuerte, era una máquina humana que habría podido llegar al campeonato mundial... pero le faltaba un brazo. Un puño. ¡Dios...! ¿Cómo iba a pegarle a un hombre manco?

En tres segundos, Dany Dempsy comprendió que, cuando menos, debía protegerse de King. Y ello porque, en tan corto espacio de tiempo, el puño de King penetró dos veces en su guarida, le alcanzó en la barbilla la segunda vez, y lo tiró sentado sobre la lona, con la cabeza llena de pajaritos. La sacudió, se puso en pie de un salto, y miró los ojos de King, en los que brillaba la risa, la alegría de vivir. En aquellos momentos Oscar *King* Carson era, simplemente, un boxeador nato.

—Vamos, vamos —exigió—. ¡Pégame, mocoso, pégame!

—Lo voy a machacar —masculló Dany.

—¡De acuerdo! ¡Adelante con esos puños!

Dany Dempsy comenzó a pegar... al aire. Ante él, dos metros de carne humana con ciento veinticinco kilos de peso aparecía y desaparecía, giraba, se paraba, golpeaba y volvía a girar, pegaba de

nuevo, giraba una vez más, flexionaba la cintura amagando un directo, recogía el puño y soltaba un cruzado de escalofrío… ¡Chak, chak, chak!, crujía el solitario guante en la carne de Dany Dempsy.

—¡Vamos, Dany! —gritó Jackson—. ¡Te está dando una paliza!

Con el rostro cubierto de sudor y de golpes, Dany Dempsy se lanzó una vez más al ataque. Sin compasión alguna, sintiendo hervir en su corazón una furia inaudita, desconocida. Con el brazo izquierdo apartó el derecho de King, y con el izquierdo lanzó un directo de muerte.

El impacto sonó en la barbilla de King como un cañonazo, y un grito unánime brotó de todas las gargantas cuando el gigante retrocedido torpemente un par de nasos. Dany le siguió, implacable, y hundió el puño derecho en la roca que era el estómago de King. Este emitió lo que a Dany le pareció un grito de júbilo, y lanzó un alucinante gancho cruzado que derribó de espaldas al muchacho sobre la lona. En una fracción de segundo, Dany estaba de nuevo en pie, y su sangre se convirtió en lava hirviente cuando oyó el grito de alegría de *King* Carson. Se lanzó contra él ciego de furia, chocó contra el puño de King, y cayó sentado.

—Muchacho, lo estás haciendo mal —dijo King—. Eres muy bueno, pero lo estás haciendo mal. No te dejes llevar por la ira. No es así como se triunfa en el boxeo. En el boxeo se triunfa con la cabeza. ¡Ponte en pie y boxea con la cabeza! Frío como el hielo, frío como la muerte… ¡Boxea, Dany, no te pelees! ¡BOXEA!

De nuevo se puso en pie Dany. Muy bien, le iba a romper la cara a aquella ballena. ¡Le iba a romper la maldita cara sonriente con su maldita nariz de patata en medio!

Pacientemente, cruzando golpes, llevó a King a un rincón, y allí, con fría deliberación, metódicamente, salvajemente, comenzó a machacarlo. Apretaba el brazo derecho, pegaba; volvía a apartar el brazo derecho, pegaba. Pegaba por fuera, en ganchos, en cruzados, en directos, en *uppercuts*… El silencio era ahora, impresionante, solo se oían los chasquidos de los guantes, una vez tras otra, como si fuera el sonido monocorde de una máquina.

El puño derecho de Dany llegó a la barbilla de King una vez más, y por los ojos del Rey pasó como una sombra, pareció que todo su cuerpo se relajase un instante. Era el momento de acabar con él. Dany adelantó un paso elástico, perfecto, la pierna izquierda por

delante…

Como un balón negro, apareció el guante de King Carson. Dany sintió el impacto, su cabeza se llenó de luces de colores, y, acto seguido, como en una broma pirotécnica, todo quedó sumido en total oscuridad.

Ni siquiera sintió el golpe de su cuerpo contra la lona.

—¿Qué ha pasado? —se oyó a sí mismo.

Estaba sentado, apoyada su espalda en algo. Frente a él, de pie, *King* Carson le contemplaba sonriente. Dany lanzó una maldición, y se puso en pie de un salto, casi derribando a Delaney, que le había estado sosteniendo sentado tras recuperarlo del neto y fulminante *Knock Out*.

—Basta por hoy —dijo King—. Estás admitido definitivamente, Dany Dempsy. Pero a partir de ahora ya nunca serás Dany *Pretty* Dempsy, sino Dany *Lion* Dempsy. Ve a ducharte y reúnete con los demás para el examen médico.

CAPÍTULO VIII

Los médicos habían llegado en un gran camión que, aparentemente, estaba dedicado a la distribución de aparatos electrodomésticos Pero solo había unos cuantos aparatos de estos en el camión, a ambos lados de la parte de atrás de la caja. Después, había un montón de cajas de cartón que, también aparentemente, contenían televisores, neveras, lavadoras... Estaban vacías, y formaban como una puerta muro que ocultaba la mayor parte de la caja del camión.

Aquí, en esta parte oculta, había una especie de enfermería, con diversos aparatos sobre los cuales Dany no tenía la menor idea, aunque tuvo que comprender que, tras tenderlo en la camilla metálica, le estaban haciendo electroencefalogramas y electrocardiogramas. Le analizaron la sangre, la orina y la saliva. Le hicieron sondeos rectales; le examinaron los órganos genitales, las orejas, los dientes, las articulaciones en general, el aparato respiratorio, y hasta le examinaron por rayos X los pulmones, el corazón de nuevo, y el estómago tras hacerle ingerir una pasta blanca asquerosa, con un sabor absurdamente dulce, porque al final resultaba repugnante.

Hacía cinco médicos allí dentro, y solo admitían un boxeador cada vez. El último había sido Dany, en el que estaban invirtiendo mucho más tiempo que en los demás, que ya tenían su ficha médica completa, y solo habían sido sometidos a una revisión periódica.

Cuatro de los médicos trabajaban en estos exámenes, mientras el quinto iba tomando notas. Dany miraba de uno a otro médico. Todos eran jóvenes, y no parecían dados a la conversación.

—Bueno, ¿qué? —había preguntado Dany dos o tres veces—. ¿Cómo estoy?

Sin respuesta.

—No sé si su silencio es bueno o malo para mí. ¿Estoy bien o no estoy bien?

Silencio.

—Quiero decir, perfecto —insistió Dany—. ¿Estoy o no estoy en condiciones de alcanzar la gloria? La última revisión médica que me hicieron fue satisfactoria.

Absoluto silencio.

Al demonio con ellos. Dany decidió no hacer más preguntas.

Por fin, uno de los hombres comenzó a hablar, pero no en plan social o amistoso, sino haciéndole preguntas sobre sus enfermedades infantiles, cualquier trastorno de pubertad, si había tenido alguna enfermedad venérea, si sus funciones sexuales eran normales, si era bisexual, homosexual, heterosexual, normal, vicioso, frío o más bien necesitado de abundantes expansiones sexuales. ¿Defecaba normalmente? ¿Orinaba normalmente? ¿De qué color eran sus deposiciones? ¿Se masturbaba mucho, poco, nada?

Cuando la sesión terminó, tras casi dos horas de continuos exámenes, análisis y preguntas, Dany Dempsy tenía la sensación de que aquellos hombres sabían de él y de sus organismos más que el mismísimo buen Dios, creador de todas las cosas.

—Ya puede salir —dijo uno de ellos.

Dany asintió, emitió un gruñido, y farfulló:

—¿Se supone que no tengo derecho a saber cómo estoy?

—Está absolutamente perfecto y normal en todo.

—Vaya, gracias. O sea, que no han descubierto que tengo la sífilis.

Los rostros de los cinco médicos, sus expresiones de sobresalto, fueron dignos de una fotografía para la posteridad. Dany se echó a reír, hizo amago de un par de golpes, sobresaltando de nuevo a los médicos, y abandonó el consultorio ambulante, considerándose más que suficientemente vengado de aquellos antipáticos sujetos con el susto de la sífilis... que por supuesto no era nada que tuviera que ver con él.

—Bueno, chiquitín —le dijo Jackson, que le esperaba—, ¿qué tal ha ido todo?

—Tengo la sífilis.

—Vaya, y yo voy a ser madre. Lo han descubierto también.

—¿Quién es el padre?

Se echaren a reír los dos como locos. Floyd se acercó, y masculló:

—¿Todo bien, Dany?

—Sí. Bueno, tengo la sífilis, y Jackson va a ser madre. Por lo demás, todo bien.

Por un momento, Floyd puso cara de mosqueo. De pronto, se echó a reír, tendió la diestra a Dany, y cuando este la aceptó le metió un gancho al estómago, al que Dany correspondió amablemente con un cruzado al hígado, lo que todavía les dio más risa... Cualquiera de aquellos golpes habría abatido fulminado a un hombre de la calle.

—Bueno —dijo Dany—, supongo que después de todas esas marranadas de tocarnos el culo y los cojones podremos descansar el resto del día...

—¡Dany! —llamó Delaney—. ¿Has terminado?

—¡Seguro que sí! ¡Tengo la sífilis!

—¡Bueno, pues sube al ring con Jackson, Carpenter, Murray y Glendon! ¡Ellos te la curarán!

Dany quedó pálido.

—¡Pero cómo, al ring, maldita sea...! ¡Y con cuatro! ¡Ya peleé antes con King!

—Será mejor que subas —dijo Jackson—. Y siento mucho no poder decirte que te vamos a tratar bien, pequeñín.

—Chiquitín —corrigió Floyd.

—¡Dany Dempsy! —gritó Delaney—. ¡Al ring!

—¡Mierda! —rugió Dany Dempsy.

* * *

A las seis de la tarde, como los demás días, todo terminó. Convencido como había estado de que su cuerpo se iba a romper en mil pedazos, Dany se sorprendió a sí mismo caminando tranquilamente tras la última ducha del día, prolongada, primero caliente, luego tibia, finalmente un poco fría.

Los perros y algunos hombres estaban vigilando por el exterior, pero Dany ya no les hacía caso. Apareció en la cocina, fresco y pimpante con el chándal limpio de descanso, y preguntó:

—Oye, Flatt, ¿qué tenemos hoy para cenar?

Flatt, el gordo cocinero de la fácil sonrisa, se volvió hacia él tras dar una indicación a sus dos ayudantes, y exhibió una de aquellas sonrisas tan personales.

—¿Qué tal, Dany?

—Muerto de hambre, te lo juro. ¿Qué vamos a cenar?

—Lo mejor, como siempre. Tú tranquilo. Empiezas a encontrarte a gusto aquí, ¿no es cierto?

—¡Eh?

—Me has oído y entendido perfectamente. Te gusta, ¿no?

Dany Dempsy frunció el ceño, estuvo así unos segundos, y sin contestar, se alejó de la cocina. Encontró a algunos de sus compañeros de cautiverio en el salón, charlando o leyendo. Floyd estaba viendo la televisión.

Se sentó frente a Jackson, que lo miró afablemente por encima del cómic.

—Oye, Jackson, tú estás a gusto aquí?

—A veces quisiera largarme.

—¿Por qué?

—Bueno, por las chicas, y por divertirme un poco. Ya sabes, todo eso. Precisamente, el otro día delegamos en Murray para que le dijera a King si nos iba a tener siempre como monjes. Quien más quien menos, a todos nos gusta echar un polvo, ¿no?

—¿Y qué dijo King? —sonrió Dany.

—Dije que estudiaría el modo de que de cuando en cuando sacáramos de penas la batuta.

—O sea —rio Dany—, que no estás tan mal aquí.

—Al principio, sí. Creí que me iba a morir cuando empecé a correr mis dos primeras horas. Pero a todo se acostumbra uno.

—Sí —murmuró Dany—. Eso parece. Pero yo siempre he oído decir que la resistencia humana tiene un límite.

—Debe tenerlo —mostró sus blancos dientes Jackson—, pero está claro que nuestro límite está todavía muy lejano, chiquitín. Sé lo que estás pensando, desde luego, nos están convirtiendo en animales, ¿no es eso?

—Más o menos.

—No creas que no he reflexionado sobre eso. Soy negro, pero no tonto...

—Escucha, ya me estás tocando las narices con el asunto de tu negrura —gruñó Dany—. Como si fueses verde. Así que deja de hacerte el mártir racista y dime qué has reflexionado.

—Bueno, la cuestión está en saber si nosotros nos estamos

convirtiendo en bestias, o en hombres normales... y son los demás los que están convertidos en piltrafas degeneradas. Por ejemplo, ¿qué es más normal, que un hombre pueda correr durante dos horas seguidas... o que no pueda estar corriendo ese tiempo? ¿Qué es más normal, que un hombre soporte una paliza, o que se muera por una torta vulgar y corriente? ¿Qué es más normal, que un hombre esté preparado para hacer frente a varios adversarios o que se cague en los pantalones porque un imbécil le amenace en la calle? ¿Qué te parece a ti, Dany?

—Pues no sé, pero yo prefiero esto.

—Estamos de acuerdo. Mira, si seguimos así, cuando volvamos a la vida «normal» no habrá un solo boxeador que pueda hacernos frente. Nosotros seremos...

Afuera se oyó el ladrido de un par de perros, voces humanas, y, como fondo, el rugir de una motocicleta.

* * *

—¡Malditos perros! —aulló Frank Minello—. ¡Apartaos, estúpidos, o voy a partiros en dos! ¡Fuera!

Pero los perros seguían ladrando, persiguiéndole, acosando la motocicleta, obligándole a efectuar maniobras no poco peligrosas entre los otros árboles, en alguno de los cuales podía estrellarse en cualquier momento...

—¡Deténgase! —oyó el grito humano—. ¡Deténgase o vamos a disparar!

Como si estuviese subido en unas montañas rusas, Minello veía pasar ante él hombres armados de rifles, perros, árboles, más perros, árboles y hombres... La Honda 1000 bramaba con su habitual sonido poderoso y elegante. Los perros eran sorteados... A cierta distancia, Minello divisó, siempre como subido en unas montañas rusas, la gran casa que parecía una granja, y le pareció que, frente a esta, o en alguna otra parte, había visto uno, dos, o mil cuadriláteros.

Un disparo de rifle sonó por fin, con ahogado estampido, entre los árboles, y Minello, esquivando la acometida de otro perro, vociferó:

—¡No disparen, maldita sea! ¡Quiero hablar con King, quiero

verlo a él! ¡Soy amigo suyo!

—¡Para ese moto! —alcanzó a oír.

—¡Y un cojón! —aulló—. ¡Yo no bajo de aquí hasta que estos perros desaparezcan!

Oyó unos cuantos silbidos, todavía algunos ladridos. Luego los perros se retiraron, rizados los lomos, hacia la casa. Frank recuperó el control de la situación, dejó de sentirse subido a las montañas rusas, vio a los tres hombres que le apuntaban con los rifles, y detuvo la máquina, bajó el soporte, y enseguida alzó los brazos.

—Tranquilos, ¿eh? ¡Ni siquiera llevo armas!

Descabalgó de la motocicleta, y se apartó de ella, siempre con los brazos en alto. Aparecieron dos hombres más, corriendo desde el lugar por el que él había llegado. En cuestión de segundos. Frank Minello se encontró como centro de un círculo de media docena de rifles. Más allá, bajo las órdenes de otro hombre, seis o siete perros gruñían sordamente.

—Este tipo apareció de pronto —jadeó uno de los que habían llegado corriendo tras él—, y pasó como una bala... ¡No nos dio tiempo a nada!

—Oigan, tranquilos, de veras —dijo Minello—. Les aseguro que soy amigo de King. Sé que él está aquí. Díganle que Frankie Minello quiere verlo, eso es todo.

—Camine hacia la casa... ¿Ha venido con alguien?

—No. Estoy solo aquí.

—Ve a avisar a Delaney, y que él avise a King —dijo uno de los vigilantes—. Y usted, camine hacia la casa, despacio, y sin bajar las manos de ahí arriba. Tom, mira a ver si lleva armas, de todos modos.

Uno de los hombres se dirigió hacia la casa, y otro cacheó rápidamente a Minello, y movió negativamente la cabeza. Minello entrelazó los dedos sobre su cabeza, para descansar los brazos, y se encaminó hacia la casa, de la cual salían ahora todos los boxeadores y Delaney, que tras escuchar al emisario adelantado se metió rápidamente en la casa.

Reapareció enseguida, siguiendo al gigantesco Oscar Carson, que llevaba un chándal negro y la cabeza descubierta, sin peluca. Frank Minello sintió un enorme nudo en la garganta al ver a King, pero no dio muestras de emoción alguna, ni dijo nada. Se limitó a seguir

caminando, hasta llegar a media docena de pasos de King. Para entonces, había visto ya a todos los boxeadores desaparecidos, pero ni siquiera parpadeó al mirar a Dany Dempsy.

Toda su atención se concentró en *King* Carson, quien, de pronto, sonrió.

—Hola, Frankie.

—Hola, Oscar. Celebro que estás vivo.

—A ti te creo. ¿Cómo lo has sabido?

—Escucha, podemos charlar dentro, a solas...

No dijo más, porque Oscar Carson estaba moviendo negativamente la cabeza; tras lo cual, dijo:

—Sea lo que sea lo que tengas que decir, mis muchachos pueden oírlo, Frankie. Supongo que los conoces a todos.

—Claro. A unos más personalmente, a otros por cuestiones profesionales, pero los conozco a todos.

—Los mejores —dijo King.

—Sin duda.

—Bueno, Frankie, ¿qué es lo que quieres? Pero antes dime cómo me has encontrado.

—Encontré una anotación de Terry Muskie en un ejemplar de la revista *Sporting*. Esa anotación decía: «Oscar *King* Carson está en una granja aislada cerca de Schroon Lake, entre Schroon Lake y Parado, en Adirondack Park». Entonces, lo comprendí todo de golpe, y me vine para aquí.

—Entiendo. De modo que el viejo *Box* ha decidido traicionarme.

—¿Traicionarte?

—Estaba trabajando para mí en Nueva York, se dedicaba a ojear muchachos, y me iba pasando los informes. Tal es bueno, pero no tiene coraje; al otro lo hace bien, pero es flojo de piernas... Bueno, Frankie, todo eso, tú ya sabes.

—Sí... Lo que no sabía es que Terry estuviera trabajando para ti. Bueno, algo sospeché, en el sentido de que él estaba al corriente de algún detalle, pero nada más. Me dijo que la solución estaba en la revista *Sporting*, y yo, como un tonto, compré un ejemplar. Pero cuando supe que Terry tenía una en su apartamento fui allá, la hojeé, y encontré esa anotación.

—Nunca creí que Terry me traicionase. La idea le había parecido maravillosa, estaba colaborando de buena gana... No comprendo

que me haya traicionado. Él disfrutaba de los mismos sueños que yo sobre muchachos limpios, auténticos boxeadores... No lo entiendo, Frankie, ni siquiera aunque haya sido contigo.

—Tal vez lo hizo porque no le gustó que matasen a Stefanie Allister —Frank oyó la exclamación de Dany, pero no hizo caso, ni siquiera lo miró—. O no le gustó, o pilló miedo, Oscar.

—No comprendo. ¿Quién era esa Stefanie?

—Una chica con unos pechos así de grandes, toda una hembra de cama, que Dany se estuvo tirando durante algunas semanas. Y todo ello, para finalmente narcotizarlo en su apartamento y que tus hombres lo trajeran aquí.

—Sí, eso de narcotizarlos lo sé, y tienes que comprenderlo. No había sido fácil traer a las buenas a un muchacho de la talla de estos, ¿verdad? Pero no sabía nada de esa Stefanie. Bueno, si usaban una chica para esas cosas, pues me parecen bien, al menos los chicos gozaban un poco antes de venir aquí. Pero esa Stefanie... ¿quién la mató?

—Supongo que los mismos que mataron a Terry Muskie, aunque a ella la mataron de un balazo. ¿No lo sabías?

Oscar *King* Carson estaba pálido como un cadáver.

—¿Ha muerto Terry? —jadeó.

—De un puñetazo al corazón. Una muerte de boxeador, Oscar. ¿De verdad no lo sabías?

—No... No.

—Entonces, me alegro por ti.

—Pero... ¿qué ha pasado? ¡No entiendo nada de esas muertes, Frankie! ¡Nada!

Frank Minello explicó lo sucedido, pacientemente, sin dejar de mirar a los ojos a Oscar *King* Carson, aunque él ya sabía prácticamente toda la verdad...

—... La última vez que vi a Terry en una pelea fue cuando la de Dany con Norton. Me pareció entonces que Terry sabía algo, pero la cosa no siguió adelante. Luego mataron a la chica de Dany, y Terry se asustó, aquello no era lo convenido, ¿verdad? Nada de matar a nadie. Así que Terry se asustó, comprendió que, de algún modo, las cosas se estaban complicando, y me estuvo siguiendo para charlar conmigo. Se hizo el encontradizo frente al gimnasio de Glower, me pidió que le convidase a un trago... Quería hablar. Entonces fue

cuando vio a los tres asesinos, y se marchó a toda prisa. Conseguí localizarle, hicimos un trato… y entonces llegaron los tres hombres y lo mataron. Pero antes, él debió prever esa posibilidad, y fue cuando escribió la nota en la revista *Sporting*.

Durante unos segundos, Oscar Carson permaneció en silencio, sombrío. Por fin, murmuró:

—Frankie, yo no tengo a nadie contratado para que mate a nadie.

—Lo sé. Eso lo han hecho la gente que te ha estado financiando. Tú mandas aquí, pero fuera de este lugar ellos estaban al tanto de todo, dispuestos a solucionar cualquier conflicto… Stefanie era un conflicto, porque yo estaba desconfiando de ella. Terry era otro conflicto, porque quería hablar conmigo. Así que los mataron a los dos. Y estuvieron a punto de matarme a mí. Y habrían matado a quien fuese, con tal de seguir adelante con su plan.

—No puedo creerlo… ¡No puedo creer que maten a unas personas por un asunto como este!

—Es que tú no conoces lo verdad de este asunto, Oscar. Ya sé que esas personas debieron convencerte hace tiempo para que hicieras esto, después de encontrarte quién sabe dónde, escondido como una fiera…

—¡No podía estar entre la gente con este aspecto! ¡Y estoy manco!

—Lo siento, Oscar. Pero eso no te habría restado la amistad de quienes te conocíamos.

—¡Soy un manco, jamás podría haber vuelto a boxear, no quería nada con vosotros, nada, con nadie…!

—Oscar, esa gente, la que finalmente te encontró y te hizo la propuesta, están trabajando para el servicio secreto chino. El Lien Lo Pon. ¿Sabes lo que es el Lien Lo Pou?

La estupefacción había hecho presa no solo en Carson, sino en todos los presentes. Carson movía negativamente la cabeza, aturdido.

—Ya te lo he dicho: el servicio secreto chino. Al parecer el servicio secreto chino se está introduciendo subrepticiamente en docenas de actividades de la vida norteamericana, para obtener masivamente información de todas. Información en vivo, de primera mano… Una de las actividades de la vida norteamericana,

es el boxeo, y no escapó a la vigilareis china. Pero aún han hecho más. Te propusieron todo esto básicamente para experimentar con tus muchachos.

—Estás... loco. ¡No sabes lo que dices!

—Yo he llegado solo aquí, pero muy cerca hay una gran cantidad de policías, y hasta ha intervenido el FBI. Esto es un secuestro, Oscar, entiéndelo. Dieciséis secuestros. Y dos asesinatos. Yo hubiera venido solo a hablar contigo, pero Harry Barnes, ¿lo recuerdas? se olió que yo tenía algo que no decía, y me vigiló. Me cazó en el apartamento de Terry con la revista en las manos... No he podido evitar esto, Oscar. Todo está rodeado. Y además, el FBI capturó el camión y a los hombres que iban en él cuando se fueron de aquí al mediodía. Son esos hombres los que han dicho todo lo que yo sé, no me estoy inventando nada. Finalmente, convencí al FBI para que me dejara venir a hablar contigo. Me gustaría que esto terminara del mejor modo posible, así que deberías decir a tus hombres que entreguen las armas y encierren a los perros. Oscar, esto se ha terminado. Ya no seguirás teniendo la financiación del servicio secreto chino. ¿Lo entiendes Oscar?

Este asintió, aspiró profundamente y murmuró:

—¿Qué has querido decir con eso de experimentar con mis muchachos?

—Ellos te impulsaban a que cada vez los sometieras a entrenamientos más y más duros. Pero no para lanzar a tus muchachos al campeonato del mundo de sus respectivos pesos, sino solo para saber hasta dónde podía llegar la resistencia humana en el boxeo, en el entrenamiento. Con esa información, entrenarían luego a los boxeadores chinos para las próximas Olimpíadas, sometiéndolos al entrenamiento límite, es decir, un poco por debajo del entrenamiento a que habrían sido sometidos estos muchachos antes de morir. Ellos están aquí solo para ver cuánto puede resistir un hombre hasta morir. Habrían ido muriendo agotados, destrozados. Pero así era el experimento, y por eso venían aquí periódicamente a ver cómo seguían sus... conejillos de Indias condenados a muerte, para tomar sus notas. Querían que tú los reventases a todos, Oscar. Y ellos, simplemente, irían tomando notas para los entrenamientos de los boxeadores chinos. Creo que también esto lo has entendido, Oscar. ¿Verdad?

—Entonces… no estaban trabajando como yo, para lanzarlos a la gloria —tembló la voz de King—. No…

—No, Oscar. Los lanzaban irremediablemente a la muerte. La muerte sin gloria, como conejillos de Indias. Solo eso.

—Pero yo… yo sí quería y quiero lanzarlos a la gloria… ¡Yo deseo eso, he estado trabajando por eso…! ¡La gloria o la muerte! ¿Qué otra cosa para un boxeador de verdad, qué otra cosa sino la gloria o la muerte? ¿Acaso podemos aceptar que haya boxeadores como Terry Muskie y tantos otros, pura carne de ring para ser machacada y luego no tener donde caerse muertos? ¿Es eso lo que quieren? ¿Carne para machacar? ¡Dime qué serías tú ahora si hubieras sido tan loco de continuar en el boxeo como un paquete que eras! ¿Qué serías, Frankie? ¡Un maldito sonado, una escoria! ¿Y quién te ayudaría, quién te agradecería nada, quién te respetaría…? ¡No! ¡Ese no es el camino para un boxeador!

—Pues que se retire, como hice yo.

—¡Eso de retirarse reza para ti y otros como tú, pero no para quien tiene corazón de boxeador! ¿Por qué ha de retirarse? ¡Lo que ha de hacer es alcanzar la gloria, y entonces sí, entonces sí puede retirarse, rico, respetado, admirado, todavía joven y sano…! ¡Pero todo lo que no sea esto, es la muerte! ¡La muerte física, la muerte de ilusiones, la muerte del respeto a sí mismo y del respeto de los demás! ¡Malditos seáis todos!

—Oscar, en cierto modo tienes razón, pero no puedes disponer de la libertad de otras personas.

—¿Qué libertad? —Oscar King Carson corrió hacia uno de los cuadriláteros, y subió ágilmente a él—. ¡Dime un sitio donde un boxeador se sienta más libre que aquí! ¡Dímelo!

Frank Minello miró a Delaney cuando oyó a este musitar.

—Será mejor que encierre a los perros. Y dejaremos con ellos nuestras armas, señor Minello.

Frankie asintió, y continuó mirando a King, que alzaba su solitario puño hacia las primeras estrellas de la noche.

—¡Esto es la libertad! ¡Ser el mejor, ser el número uno, ser el campeón… alcanzar la gloria para siempre! ¡Y todo lo que no sea esto no vale la pena! ¡La gloria… o la muerte! ¡Y aquí estamos todos para emprender el camino de la gloria!

Todos miraban a Oscar *King* Carson. Todos. Incluso los

cocineros, que habían salido indecisos. Los boxeadores estaban tan impresionados que apenas respiraban…

—¡Matadme a puñetazos en un ring! —clamaba Carson—. ¡Pero no me matéis de hambre ni de desprecio, no os riais de mí, no miréis mi cuerpo mutilado con pena o desdén, no digáis que pudo haber sido y no fue! ¿Acaso olvidáis mi dignidad? ¿Qué pensáis que soy yo? ¿Un animal de circo que debe ser sacrificado porque tiene la lepra? ¡Pues soy un hombre, soy un boxeador que se quedó sin gloria y sin vida! ¡Porque vivir sin boxeador no es vida, y vivir de los recuerdos risibles del boxeo no es vida! ¡Y yo, que estoy viviendo sin vivir, os lo digo a todos ahora, y mil millones de veces: la gloria o la muerte!

De pronto, se quedó temblando, alzado el puño y el rostro hacia el cielo ya casi oscuro y frío.

—Dios mío —susurró alguien.

Frank Minello bajó la cabeza y abatió los párpados.

Y así, nadie pudo ver el brillo de las lágrimas en sus ojos.

ESTE ES EL FINAL

...La multitud rugió cuando el puño derecho de Dany *Lion* Dempsy alcanzó de nuevo la mandíbula de Stewart Gordon, el otro candidato para la nominación hacia el combate decisivo por el campeonato nacional, primer paso en firme hacia cumbres más altas.

El chasquido del guante contra la carne fue fortísimo. La cabeza de Gordon fue hacia atrás, sus ojos quedaron en blanco. Todo el cuerpo siguió a la cabeza, se oyó el impacto contra la lona. Frente a su contrincante caído, Dany esperaba, tranquilo, sereno, inmutable, reluciente de sudor su cuerpo entrenado hasta un límite que, todos se habían dado cuenta, había aterrorizado a Stewart Gordon...

Frank Minello, sentado con Virginia en una de las primeras filas, volvió la cabeza al notar la presencia humana excesivamente cercana. Parpadeó al ver a Harry Barnes inclinado hacia él, y tragó saliva. Barnes sonrió.

—Lo van a soltar —susurró—. Acabo de saberlo. Lo van a tener bajo cuidados psiquiátricos una temporada, Frankie, y luego podrás cumplir tu promesa de ponerle un gimnasio para que entrene a los futuros campeones del mundo.

—Gracias, Harry Mañana mismo iré a ver a King... Gracias por todo.

—El muchacho ha estado bien, ¿verdad? —señaló Harry Barnes hacia el cuadrilátero.

—Naturalmente.

—... Siete... Ocho... Nueve... *KNOCK OUT!* —terminó de contar el árbitro.

En el centro del ring, *Lion* Dempsy alzó el puño como si quisiera llegar hasta el mismísimo cielo.

—Va por ti, King —susurró—. ¡A por la gloria!

FIN

COLECCION

DOBLE JUEGO

El deporte es

IDEALISMO Y NOBLEZA

pero también

SANGRE Y CORRUPCION

Todo esto lo encontrará en

DOBLE JUEGO

¡¡UNICA EN SU GENERO!!



EDICIONES CERES, S. A.

Apartado de Correos, 9.142 Barcelona

Precio en España: 60 ptas.

IMPRESO EN ESPAÑA. PRINTED IN SPAIN

1 **Pretty significa guapo, bonito, en inglés.**